

A Don Antonio ... el
Jefe de Finanzas que ha escrupu-
lizado la nueva misión social
del Capital en la vida espa-
ñola.

Con los respetos de
José María

"MALOFICIO"

Octubre / 728

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LAS DOS MARTAS. *Novela* (Agotada).

TEATRO, Tomo I: *Idolos*.—*La dicha que se va*.—*Colombina, Arlequin y C.^a*—*La ley de los hombres*.

ISLA DE LOBOS. *Novela corta* (Núm. 53 de «Nuestra Novela»).

«MALOFICIO». *Novelas canarias*.

EN PREPARACIÓN

CRIMEN INUTIL. *Novela*.

TEATRO: Tomo II.

ENTRE EL ODIOS Y EL DESPRECIO.
Novela.

"MALOFICIO"

NOVELAS CANARIAS

POR

JOSÉ RIAL

6

BIBLIOTECA HESPÉRIDES

Don Ramón de la Cruz, 51
MADRID

Calle de Colón, núm. 5
LAS PALMAS

*Reservados para todos los países los derechos
de reproducción, traducción y adaptación.
Copyright by José Rial, 1928.*

"MALOFICIO"

Al Excmo. Sr. D. Alfredo Saralegui que ha dado categoría humana a la mísera existencia de los pescadores españoles, con la obra magnífica de los Pósitos Marítimos.

I

LA CUNA

Aquello que bogaba sobre el camino del Faro como una galera azul, era una cuna, mejor dicho, quería serlo. Don Ramón había puesto en que lo fuera la mejor voluntad; la misma con que se la regaló a Teodora, *para lo que viniese*, y ella, agradecida al buen propósito, se la había cargado sobre el rodete puesto en lo alto de la copa de su sombrero nuevo, y allá iba hacia el Puertito con la dulce carga, en la que saboreaba la emoción anticipada de la otra que le redondeaba el vientre.

Hacía un día fuerte de sol. Por entre los valles no corría un soplo de aire, y la atmósfera, cargada, densa, anunciaba el Sur. *Allá enfrente* debía el simún levantar la arena entre sus remolinos; el crepúsculo del día anterior había sido rojo como el fuego...

Teodora jadeaba y sufría de rato en rato el zurriagazo de la ráfaga del aire seco, que le cruzaba el rostro. La cuna maciza, con sus balancines de un solo trozo, sus barrotes y el colchón de lana, era demasiada carga para ella, *en estado*; de soltera

habría recorrido alegremente los cuatro kilómetros, pero el vientre tiraba, tiraba, y la hacía encorvarse, quitando al cuello y a la espina dorsal la verticalidad que necesitaban para mantener el peso.

En su afán maternal, no se preocupó del largo camino, del calor asfixiante, ni de la excesiva carga. Todo le pareció liviano ante la alegría que habría de darle a Manuel aquel regalo, que los aliviaba de una preocupación. Manuel no tenía barco aún y andaba *a la parte* con su padre en el suyo, o con los otros. Nunca embarcó, y por ayudar a su gente no pudo *arreguntar* para la boda; si se va a ver, cuando se casaron, más llevó ella que él.

La cuna se balanceaba suavemente al brioso compás de las caderas, y avanzaba cortando la distancia, como si la empujaran unas alas invisibles. A Teodora el ensueño maternal la sostenía, y, en una vaga semiinconsciencia, andaba, andaba, marcando sobre la tierra del camino la honda huella del pie descalzo, que el sudor, al caer, moteaba de anchas gotas rojas, mezclándose con el polvo.

Sobre la cabeza gravitaba el pesado armatoste, cada instante más recio, y el pecho era el que sentía la pesadez; y las piernas ágiles, todas nervios, que no parecían ser la prolongación de las caderas pomposas, aligeraban las largas zancadas, para ganar tiempo y espacio.

Pensó esperar a que volviese Manuel, que había ido a *pulpear*... Comprendía que si soltaba la car-

ga no podría volver a subirla, y al *cogote*, como un hombre, menos.

Estaba cerca de *Vista Grande*, e hizo un esfuerzo: ya quedaba poco... y en el sonoro cristal de la tarde oyó prolongarse las notas vibrantes de las risas de su hermana Cruz. ¡Si viniera!...

Y Cruz llegó, saltando con sus largas piernas de corza joven.

—¿Qué traés vos?... ¿Sos dió la cuna Dueña María?

—Sí. ¡Dios la bendiga!

La ayudó a colocarla sobre el rodete, y caminó a su paso, siguiéndola con trabajo. Tenían las dos la misma marcha cadenciosa de las cargadoras: el paso firme que alarga la zanca, afirmándola sobre el suelo con el vaivén de las caderas poderosas como ancas de yegua; los pechos desafidores por el arqueado de la espalda; la cabeza tesa sobre el cuello erguido, y las manos moviéndose a compás, cuando no equilibraban la carga en un gracioso gesto de canéforas.

Al doblar la última curva del camino, ya a la vista del Puertito, la cuna vogó en el cielo azul, destacándose nítidamente, más galera que nunca, con su ancha popa, toda esculpida de labores pacíficas y primitivas, su rabioso añil provocativo, y las perinolas labradas como las linternas de una nao almirante; y Teodora, que la observaba, vió a Rosario enverdecer, que es la palidez de las more-

nas, de envidia ante el rico presente de la torrera de Martiño. Rosario le había pedido más de una vez la cuna a Dueña María, desde que mercó la nueva en Las Palmas, y se la había negado, lo que aumentaba el valor del obsequio con la mortificación de su comadre.

Prudente, como mujer casada, a pesar de sus veinte años, trató de pasar disimulando el gozo; pero madre Matilde, refinada, no la dejó.

—¿Te la vendió por cuánto?

—No me la vendió, que me la regaló.

—¡Y bien cumplida que es!

—Sí—y por variar de conversación—: ¿Sabe si vino Manuel, madre?

Y pronta, como la avispa clava el aguijón, fué Rosario la que contestó la pregunta:

—En la cueva de las Palomas lo vi hay ya rato —y gozándose en el daño—: La Basilisa andaba por allí mariscando...

Sintió Teodora la puñalada en el corazón, pero no la dejó ver. Y en silencio siguió a Cruz, para ayudarla a pasar la cuna bajo el dintel de la choza, donde se hundió la galera azul, en la obscuridad.

II

LAS CARNES BLANCAS

En el agua clara, revolviendo las piedras pulidas del fondo celeste, una *maga* busca almejas.

Lleva el sombrero que la libra del sol, el saco de mil colores en remiendos, y el zagalejo rojo recogido sobre las caderas.

Es ya casi vieja, cercana a los cincuenta; tiene hijas mozas y casadas, que la hicieron abuela. El sol y el aire del mar le curtieron la cara y le quemaron los brazos; y el pelo, que fué negro, muestra largos mechones grises en las sienas. Pero aun brillan en el agua clara y se destacan en las piedras del fondo sus piernas; blancas como el mármol.

Y estas piernas blancas son la tentación, lo desconocido...

Estos mozos cerriles que vuelven la cabeza púdicamente cuando cruzan las mozas por las peñas de la playa con las bronceadas formas al descubierto, sienten el zarpazo del deseo ante esas piernas blancas, que, por una incomprensible piedad del tiempo, mienten sus lozanías entre los temblores de las aguas, en los charcos bañados de sol.

Y la vieja pecadora goza provocando a los mozos castos, en su rusticidad, como en los tiempos en que fué *mujer de mundo* en Lanzarote, y rodó por las viñas en los diminutos cráteres de arena negra donde se abrigan las cepas, como en una fiesta pagana, ebria de vino y de amor.

Esta vieja pecadora conserva el cinismo de sus días pasados, los recuerda, y sólo presenta como atenuante de su vivir algo que haría perdonarla si ella suplicara perdones: el amor a sus hombres y el amor a sus hijos.

De estos dos amores fué generosa, y aún sigue manteniendo esta condición en la vejez, y con la misma mano con que acaricia a la nieta preferida, y con el mismo brazo con que la lleva a horcajadas sobre la escurrida cadera, se enlaza a los mozos; y se pierde con ellos por entre los arenales, en las noches sin luna, y les hace el regalo de lo único que le resta de sus marchitas bellezas: el regalo maravilloso de sus carnes blancas.

Carnes blancas que han sido fruto de pecado en la existencia austera de estos pescadores, que merced a sus caridades han conocido las emociones de una cita y los placeres de una noche de amor.

Por los brazos de esta vieja pecadora ha desfilado esta juventud. En la albura de su carne han calmado sus hambres, y su alma generosa ha sido para ellos fuente en el camino, cisterna en el desierto, donde apagaron su sed.

Comunión carnal fué esta donde todos tomaron su porción, como hermanos: que para todos hubo, sin distinción. Comunión carnal, dulce y sabrosa, hecha con pan de fiesta, del que no se come todo el año.

Pero esta comunión ha refinado, estragándolo, el gusto de estos pescadores.

No es bueno *arregostarse* al pan candeal cuando las trojes no guardan sino trigo de la tierra, que da un pan negro y pesado, y hay ya mozo que lo encuentra indigesto, y habla de las mujeres blancas, como los hombres del norte de las tierras de sol.

Entre las mozas se va formando una sorda hostilidad contra la iniciadora, que se manifiesta en burlas, frases despectivas y miradas sombrías, que surgen, como relámpagos de una lejana tempestad, en el fondo de las negras pupilas. Todas las estrellas que presenciaron los amorosos transportes de los mozos en las noches sin luna, han cristalizado en ellas las luces frías de sus odios y sus envidias.

III

NOCHE DE SAN JUAN

La memoria de las ancianas del lugar, que es archivo de historias tan apergaminadas como sus rostros, lleva la estadística de las bodas del año.

—Por Carnaval casaron Juan y Vicenta; por San José hubo tres bodas; por san Antonio, cinco...

Para ellas, los meses no tienen otros nombres que los de las fiestas más sonadas. Los enlaces abundan; la familia viene al poco tiempo, y otra casa aumenta el pueblecillo.

Teodora y Manuel casaron por San Juan, y, siguiendo *el costumbre*, después de la boda quedaron cada uno en casa de sus padres hasta la semana siguiente.

Cuando la gente se fué, Teodora, desvelada en su cama de soltera, se echó el saco y la falda y se asomó a la ventana.

La luna sanjuanera recortaba limpiamente las sombras y bruñía la arena fina del *jable*, haciéndola de plata. Lejos sonaban las notas del *timble* de una parranda de *magos*, que se alejaba, camino del Cotillo, por las veredas de Los Lajares.

Ladró un perro, y un gallo madrugón lanzó su clarín al viento.

Sintió frío y fué a acostarse, pero algo la retenía allí, oculta por el sombrío de la ventana, para ver lo que tenía que ver: que en noche de San Juan todo son agorerías y se descorren los velos del misterio una vez al año, para las pobres almas que penan en el Purgatorio de la duda y prefieren el Infierno de la verdad.

¿Por qué no se durmió, Dios mío?... ¿Por qué, precisamente, aquella noche?... Con el alma en vilo, los vió pasar; tan juntos, que parecían una sola ánima bajo la manta en que se agasajaban. Pero la luna sanjuanera les bañó la cara de luz y los sacó a la vergüenza para que ellas los viera.

¿A la vergüenza?... Juraría que Na Basilia lo hizo *al drede*...

Y aunque ella ocultó su dolor, porque a los hombres no se les debe dar celos, para que no se engrían, comprendió que la otra seguía entre los dos y cerca de él, como aquella noche, y le traía a sus vueltas cuando quería, como si Manuel siguiera tal como cuando ella, la vieja bruja, se lo consiguió, sin conocer mujer, teniéndola ya propia y por la Iglesia.

IV

LA SENTENCIA

Consultó a la madre, y Ña Matilde, sibilina, movió la cabeza en un gesto misterioso y comprensivo, que no auguraba nada bueno. Y grave, con absoluto convencimiento, sentenció:

—Yo, mi jija, mi alma la quiero pa Dios; y pa mi pensar, maloficio es...

Sentencia que confirmó Ña Rosalía, la del Puer-tito, al echarle las cartas; y señora Trinidad, la de La Oliva, después de hacer sus composiciones, ratificó los sabios dictámenes de sus colegas en la maga ciencia.

—¡Maloficio es!...

Manuel no castigaba a su mujer ni la ofendía: la compadecía. Cuando ella, en sus raras cóleras, le echaba en cara su conducta, el hombre la contemplaba con una indiferencia más dolorosa que el desdén. Y si la escena se prolongaba, acudía al

remedio supremo: encendía la luz... y ella se refugiaba entre las sábanas para ocultar su vergüenza.

Manuel sabía lo que le pasaba, y se reía del mal de ojo; pero hay cosas que un hombre de mar de Corralejos no puede decirle a su mujer.

V

LA RASQUERA

La *rasquera* de Ña Basilia contra Teodora es antigua y tiene raíces más profundas que un amor.

Cuando Dueña María, la Torrera de Martiño, *corrió* a Ña Basilia porque la cogió robándole la harina, la maldición de la bruja apartó a las pescadoras del servicio del Faro, y en torno a él se formó un halo de terrores, un círculo sombrío más amplio que el que la luz trazaba en derredor para advertencia de los navegantes.

Sólo Teodora se atrevió a romperlo. Teodora, que reunía para formar la dote, que su padre, cargado de familia y de obligaciones, no habría podido comprar nunca.

Cho Gaspar, ya viejo, y con el hijo *juído del servicio en Bana*, harto hacía con llevar adelante la carga del familión—nueve hijas—ayudado por las mozas y por la industria de Ña Matilde, *qu'era muy amañada pa ayudar a las mujeres a salir de su ocasión*.

Teodora traía de La Oliva el correo del Torro todas las semanas, por un duro al mes, recorriendo los dieciocho kilómetros de malos caminos, de mañanita, lo que le permitía vender el pescado cogido en la Isleta la noche anterior.

Se iba con la fresca, de madrugada, y volvía ya casi anochecido, huyendo del *oscuro*.

Y ya puesta a su servicio con tan buena voluntad, Dueña María le concedió todos los demás, y era Teodora la que le llevaba el pescado, que la Torrera, orgullosa, no quería que le regalaran, y que al cabo del mes la valía su puñado de reales; fué ella también la que le cargaba la leña, que a fisca la carga importaba alguna cosa; la que le lavaba la ropa y la que le preparaba las botellas de marisco, que Dueña María enviaba a Las Palmas, donde se pagaba bien, en beneficio de Teodora.

Todo ello, aparte los regalos de latas vacías, cosas buenas de comer y algún traje o pañuelo... ¡Hasta unos zapatos de tacón que le venían estrechos y un sombrero con su plumacho, le regaló Dueña María para los Carnavales, en que todas las mozas estrenan las galas del año!

Manuel, para Ña Basilia, había sido el instrumento de su venganza. Manuel, tímido, rudo, tor-

pe y sensual, no se habría atrevido jamás a hacer aquello si la vieja pecadora no lo hubiese provocado. Teodora lo sabía muy bien. Él, *el pobre*, era como un burro amarrado..., y si ella no lo saca en la fiesta de San Pascual, no se arranca nunca.

VI

EL BAILE DE SAN PASCUAL

San Pascual Bailón debe de ser un santo original, uno de esos santos cuya historia invita a leer el santoral. Un santo que incita al baile, que lo impone como un rito, es muy simpático, y debe tener una ascendencia en el paganismo: tal vez en el rojo Dionysis, alegre bailarín.

Es curiosa esta perduración en la religión cristiana, tan severa en sus ceremonias litúrgicas que hasta el canto lo ha acordado a las naves sombrías donde los cirios encendidos, símbolos de su fe, elevan sus llamas a lo alto, donde todo está entre sombras.

He oído contar en mi niñez, en Filipinas, que en el día que le está consagrado desfilan ante el Santo procesiones fantásticas de danzarines, que giran y giran sin descanso, con ese entusiasmo que los pueblos primitivos ponen en cumplir los ritos en que el cerebro no interviene. Esos ritos mecánicos que fatigan el cuerpo, mientras el alma permanece en absoluto reposo, sin darse cuenta de que existe.

La Iglesia recogió en sus orígenes estas raras

devociones y las reglamentó, poniéndolas bajo la advocación de un santo, y la costumbre las hizo perdurar... O puede que no fuera así: que el Santo mismo sea el que, en determinadas circunstancias de su vida, diera fuerza de rito a la danza. El hecho es que la ceremonia del baile existe, y que, sea por tradición o por creencia, se conserva en Corralejos.

En Corralejos, esta danza tiene verdadero carácter litúrgico: es grave, solemne, ceremoniosa y con curiosos detalles que le dan sabor.

En el gran salón de recibo que tiene toda casa que se respete, arde una vela única ante la imagen de San Pascual, colocada sobre la consola, entre floreros de cristal, candeleros de estaño, tal cual perro o gato de yeso, juguetes, conchas...

La luz es pequeña y el salón es muy grande; de ahí que la claridad se debilite y se pierda antes de llegar a las paredes y al techo, dejando en sombras la cama monumental, con las cortinas adornadas de flores de papel, los grandes cofres-cómodas y las sillas arrimadas a la pared, donde están las mozas. En los rincones arden los braseros de las cachimbas de los viejos, junto a las madres y las casadas. Y en la puerta del salón, que da a la calle, los mozos cruzan, se paran, esperan y vuelven a cruzar en la noche, con sus cachimbas encendidas como gusanos de luz.

En el círculo de la vela que brilla ante la imagen, una moza baila con pausados movimientos la danza ritual de las *folias*. Un *timple*, cuyos sones se pierden antes de llegar a la calle, asordina por la densa nube de humo, la acompaña. De rato en rato, la moza avanza hacia la puerta, vuelve, y al fin, se pone a bailar ante uno de los mozos: el elegido. El mozo suelta la cachimba, y, siguiendo el ritmo, baila frente a la moza hasta que ambos se cansan, y surge otra moza sola bailando, que invita a otro muchacho...

El *timple* suena incesante con el mismo tono lento, que llega a hacerse cansado. Los viejos fuman. Las viejas rezan o murmuran, con un runrún de abejorros, en la sombra...

VII

LA EMIGRACION ANUAL

Los tiempos estaban malos. El Sur había destruido la cosecha del año anterior, y para el nuevo había pasado abril y mediado mayo, sin que el Señor mandara agua.

Como en todos los años de sequía, el *gofio* encareció, y el pescado seco bajó de precio para los pescadores de Corralejos, balanza comercial de los dueños de *lojas*, que altera sus pesadas según el lugar y la ocasión: en La Oliva, y para los *magos*, era el pescado el caro, y el *gofio*, si había que pagar en grano, el que había abaratado, a pesar de la escasez.

Y, como todos los años, los campos mayoreros se despoblaron de hombres y de bestias, embarcados para las islas dichas donde el agua cae a su tiempo y se guarda para su ocasión en los estanques.

Manuel decidió emigrar. Sin barco, con el pescado a bajo precio y el *gofio* caro, no era posible mantener la vida. La parte que cobraba en el

barco de su padre hacía falta a sus hermanos. Él era un hombre casado y debía ganarse lo suyo, y en Gran Canaria el jornal era bueno.

—Si lo jallas...—le replicó su mujer.

Pero no se atrevió a hacer frente abiertamente al hombre. Manuel tenía razón. Los hombres se marchaban, y el que llegara tarde no encontraría puesto. El hombre que tiene familia necesita un barco para ganarlo, si no quiere ser *un desgraciao*. La casa en que vivían era de su padre, y aún debían de la cama a señor Domingo un resto.

La mujer, enamorada, se resistía a la separación; pero la futura madre hacía cuentas y hallaba difícil el que el marido pudiera, con las ganancias de la pesca sólo, cubrir los gastos de lo que venía. En unos meses podría Manuel reunir unos pesos. Y después, si se iba para ella, también se iría para la otra...

Y Manuel se fué, con su hato, en el barco de los faros, a buscar en el Puerto de la Luz las refinadas caricias de las mujeres de carne blanca.

VIII

CONSEJOS

El Faro ha sido el refugio de Teodora en esta temprana tormenta de su vivir. Dueña María la ha seguido favoreciendo con sus encargos de leña y de marisco, que ella agradece como caridades; el correo lo trajo mientras pudo, arrastrando el pesado vientre por los caminos, y cuando no pudo, la sustituyó Cruz, y el lavado se lo reservó también.

Como Dueña María espera lo que ha de venir, las ropitas se cortan dobles a un tiempo, creando una hermandad espiritual entre las dos esperanzas de las recién casadas; le ha ofrecido prestarle su *naguado* para el bautizo, y le regala todos los adornos que le sobran del suntuoso pedido que hizo a Las Palmas.

Y a más de estos presentes materiales, Dueña María, cuando las dos futuras madres cosen juntas, con esas menudas puntadas que hacen que las telas vayan prendidas de ilusiones y de ensueños, le hace el inestimable don de sus consejos de mujer de ciudad; de la experiencia de la mujer andaluza heredada del harén remoto, para tener presos a los hombres en el encanto sutil que emana de su

carne, y que si en Dueña María es blanca y rosa, en otras andaluzas tiene ese mismo tono caliente del buen trigo de la tierra de las de Teodora, y no son las menos amadas. Los ojos verdes de la torrera y su pelo ondulado color nogal, salpicado de chispas de oro, son raros en su tierra de ojos negros y pasiones ardientes.

—A los hombres, Teodora, que son como niños, hay que gobernarlos y dirigirlos, como hacéis vosotras, pero sin que ellos lo noten. Vuestro dominio es demasiado absoluto. Y ese desdén, esa especie de sacrificio con que parece que os rendís a sus deseos, les quita dulzura y encanto; bueno es un poco de resistencia, que lo que se consigue sin afán, pierde su valor; pero ese despego, esa casi repugnancia, sólo pueden aceptarla los que no hayan conocido otras mujeres más propicias. Y tu Manuel las conocerá, porque aunque él no vaya de por sí, no faltará quien le lleve, y los hombres son muy llevadizos y hacen por los amigos lo que no harían por su mujer ni por sus hijos...

Y Teodora va grabando estos consejos en su alma, porque son gratos a su sentir y a su pensar. Los ojos verdes de Dueña María tienen hechizado a don Ramón, que sólo por ellos mira, y está muy conforme con su embrujamiento. Y todo el encanto a que está sometido lo puede sorprender Teodora, y lo ha sorprendido muchas veces, en el dulce acogimiento de los brazos de Dueña María.

IX

NOTICIAS DEL AUSENTE

Hace tiempo que Manuel marchó a Canaria, y no se han recibido de él palabras ni papeles.

El patrón del pailebot de los faros dice que no lo ha visto, pero con un aire tan misterioso, que sus gestos desmienten sus palabras. Y los marinos le imitan el acento y la actitud reservada y ceremoniosa.

Así pasan varios meses, hasta que llega a Corralejos una carta, que es como todas las cartas de los expatriados: un resumen de noticias, una especie de Diario de Avisos donde se extractan las más variadas y extrañas peripecias.

Y es en esta carta donde Teodora recibe las tremendas nuevas, trazadas con esa crueldad inconsciente de los ingenuos, que no saben encubrir la verdad con las fórmulas de las conveniencias sociales.

“...Y sabrás—dice la carta, que Teodora lee y relee sin querer admitir la terrible exposición de hechos—como Manuel Marrero se echó a la bebida y a todo lo demás, y está que no es conocido el hombre; y hasta de los paisanos se *juye*...”

X

LA PROMESA

En las rocas, bruñidas por la marea, se prenden los burgados, solazándose a la luz.

Las rocas reflejan sus formas redondeadas en el espejo patinoso del charco profundo; abismo de aguas densas, con las lisas paredes tapizadas de las guirnaaldas espinosas de los erizos y de pústulas viscosas color de sangre cuajada.

Na Basilia se desliza sobre los lomos pulidos de los basaltos, recogiendo con su mano presurosa la cosecha del mar. La superficie jabonosa la obliga a mantener el equilibrio, para no dejarse ir por el *resbalaje*; pero, aunque *maga* y vieja, es ágil como una pescadora.

El burgado es marisco caro; abunda, pero cuesta trabajo conseguirlo, y Teodora tiene el bajo de Martiño expurgado. Todo lo bueno es así en este mundo para alcanzarlo, más por los muchos que lo codician que por lo que escasea.

En el cielo azul de añil se recorta la figura de Na Basilia, cenceña y nimbrente, y sobre el tono gris de las piedras se destaca la escultura de su

cuerpo, ceñido por las finas telas húmedas, que transparentan el prodigio de sus piernas blancas.

En la llanada esquilhada por el diario *rosar*, Teodora forma su hato, penosamente, con su vientre de ocho meses, entre las mozas hábiles y sueltas. Tempranamente viuda por la ida de Manuel, ha de ganar *pa'l gojio* y *pa'l conduto*, rozando la leña del Faro. Afortunadamente para ella, el mal año ha secado hasta las raíces, y los troncos del *torsal* se arrancan con la mano, y las *aulagas* se quiebran entre los dedos como alambres roñosos.

Las otras muchachas se alejan portando sus cargas al garboso compás de las caderas, y Teodora se ha quedado con su hermana Cruz, que le sirve de compañía, descansando a la sombra de los anchos sombreros soleados y quemados por los vientos y el salitre, sentadas en los haces bien compuestos, donde no resaltan ni los recios troncos de las *tabaibas* secas.

El día es sofocante, y en el aire, tenso como el cordaje de un arpa, vibran las palabras... Sofoco del día que condensan los rojos zagalejos de franela acartonada por el agua salada, los gruesos mitones que cubren los brazos y las manos, y los pañuelos *pa' blanquiar*, que se cruzan sobre los rostros sudorosos.

Teodora ha hecho una promesa, una dura pro-

mesa, a los Reyes Magos de La Oliva, hasta donde irá a pie y descalza, o arrastrándose, si no puede de otro modo.

De la mísera ganancia va apartando cada semana una *fisca*, y ya tiene cerca de dos pesos juntos para el haz de cirios que se consumirá lentamente ante el altar, mientras ella avanzará de rodillas, dejando en las ásperas losas rastros sangrientos, y los cohetes de su promesa estallarán en el aire: gritos para ser oídos y súplicas al creerse escuchados.

¿Irá *su mercé* caminando?—la pregunta Cruz, que por el compadrazgo ha de hablarla con ese respeto.

—¿No *sabés qu'ese es el costumbre?*

—¿Y *enserá pa* que Manuel venga?

—*Pa* eso y *pa* otras cosas; que yo no lo quiero sólo aquí, sino mío *tamién* sólo.

Comadre Cruz se asombra de este desahogo con que la hermana confiesa sus sentimientos, y añade, sentenciosa:

—Cuando los hombres *s'arregostan* al pan, no apeteecen el *gofio*, y él, *asegún* dicen, está muy *arrequintao*.

—*Too* lo *puen* hacer los Magos, si quieren.

—¿Contra el *maloficio* son poderosos?

—*Pa too*. ¿No ves que son magos y reyes?...
¡*Der yantar* me lo quito! ¡Y *pa* bien que es, que a ningún cristiano le viene perjuicio!...

En el aire en calma la voz se eleva en un trémolo sonoro, como el remolino de una piedra en el agua, y el alma se ofrece enfervorecida en esa copa de cristal alzada hacia lo alto.

Y la quiebra un grito agudo, con una nota estridente de dolor y de espanto: "¡Auxilio! ¡Auxilio!"

Las hermanas corren a la vista del mar. Para las pescadoras, únicamente del mar pueden venir el espanto y el riesgo. ¡Virgen de la Peña, quién será el *desgraciao!*...

La costa corta la llanada con un brusco desnivel, en un derrumbadero, y de esa catástrofe geológica son restos las rocas que las mareas pulimentan con su roce incesante.

En el charco profundo se agita una forma confusa con movimientos desordenados y epilépticos, como un *agua viva* en la penumbra verde. Las finas telas se extienden fingiendo las masas gelatinosas, y de rato en rato asoman las piernas blancas, crispándose estremecidas, como los *rejos* lívidos de un pulpo.

Las manos arañan convulsas, en las lisas paredes, las guirnaldas de erizos, buscando un asidero, y el agua se va coloreando suavemente.

Hay un caminito que lleva a la costa, y Cruz va a lanzarse por él con sus flacas piernas de *baifa*; pero la hermana mayor la sujeta fuertemente, con

los labios crispados y un pliegue duro entre las espesas cejas.

—¿Que vas *vos* a hacer?

—Alcanzarle una mano...

—¿Y no *vos* podrá arrastrar? ¿*Sos vos* bruja como ella? ¡Dejar que haga por sí con sus *malo-ficios!*

El terror milenario paraliza a la moza, aun más que las manos de la casada, engarfiadas al rojo zagalejo.

Y el charco se estremece palpitante unos largos minutos. La luz se descompone, rota sobre el basalto reluciente, trazando en el aire diminutos arcos iris. Y las aguas quedan otra vez dormidas bajo la lumbrarada del sol.

XI

NOCHE DE REYES.—EN EL RIO

La puerta de la choza, al abrirse, traza un rectángulo de luz que encuadra los guijos pulidos por la marea y esculpe en el suelo la ilusión de una de las arcas de la cueva de Alí Babá o del cofre blasonado de los Spada, y sobre las paredes, blanqueadas a trechos, que dejan ver el barro, se recortan las pintorescas siluetas de las mujeres con las greñas desordenadas y las faldas mal puestas, como vestidas a oscuras en la promiscuidad a que fuerza la pobreza.

Las voces suenan agrias sobre el tono bajo y reposado del mar. La marea sube, y es como el deglutir de las fauces de un gigante la filtración de las diminutas corrientes que van llenando el istmo, prolongándose en largas venas de agua que enlazan las dos bocas, con un *glu-glu* continuo.

La Noche los recibe al salir con la fría caricia de sus dedos mojados en agua salitrosa, que los hace ásperos, y las carnes se estremecen al contacto, con un agudo escalofrío.

Compadre Gaspar aspira el viento con fuerza,

pero es difícil percibir en esta playa, donde se repudren al sol los restos de la pesca, el *husmo* sutil de la tempestad—esa fiera al acecho—que sólo perciben los olfatos marineros.

Compadre Melchor se ha humedecido el índice y lo tiende hacia el mar. Norte. Tiempo variable en enero... Unos pesados *gargones*, preñados de lluvia, avanzan lentamente, barriendo las estrellas, desde la Bocaina... En los vientres rotundos, en las largas ubres negruzcas y pendientes de estos nubarrones, patalea y se nutre, como un infante, el Buen Año Nuevo de Fuerteventura.

La lancha se mece suavemente al compás de las olas. Las mujeres embarcan con discordes chillidos, que corean las gaviotas a lo lejos, y comentan, entre risas, las pardelas. La llama del hachón tiñe de rojo rocas y chozas, y el agua, encajonada en el istmo, parece más negra.

Arrancan. La maniobra requiere algún cuidado: hay que pasar a remo hasta salir del estrecho canal, y en la boca sortear dos peligros: la costa —*Caribdis*—, y el *calafate*—un *Escila* enano—. Compadre Baltasar empuña el timón con mano firme; los remos golpean sordamente en los toletes a cada empujón. Ya está. La negra cabeza del *calafate* aparece un momento entre las aguas lívidas y relucientes como un ahogado, y las olas la abofetean con sus manos enormes y tumefactas, castigando

su torpeza. De la cachimba encendida del patrón arranca la brisa una bandada de doradas mariposas, y la vela se iza entre el chirriar de las poleas. después de las palabras de ritual:

—¡Vaya por Dios!

—¡Vaya por la Virgen!...

Na Matilde tiene siempre historias que contar. Bajo la larga nariz, atiborrada de tabaco en polvo, florecen las leyendas, como las hierbas bajo la arena que conserva humedad.

La travesía es corta: estas muchachas intrépidas la hacen casi todos los días sin temor, y estos pescadores se rien del mal tiempo y conocen el río palmo a palmo, como los cangrejos, y aun mejor.

Pero las leyendas, contadas en voz baja y misteriosa, tienen un tremendo poder de evocación. Las tinieblas se hacen fecundas y parideras y se pueblan de una muchedumbre de espectros. El viento trae ráfagas traidoras, y la risa de las pardelas, dejos lamentosos. Y en este mismo río, que conocen palmo a palmo, se deslizan los monstruos fantásticos de las tradiciones marineras: la serpiente de mar avanza su cabeza triangular, aguda como una punta; el pulpo gigantesco crispa sus grandes rejos nerviosos y vibrátiles sobre la borda; las sirenas juegan en la espuma, y el gran *peje* malo roza las tablas de la lancha con la lija de su piel...

El *río* es corto; pero cuando encallan en la arena suave de la playa, compadre Baltasar, aflojando las válvulas de la emoción, hace humear su pipa como la chimenea de un vapor.

—¡Vaya con Dios, comadre Matirde!

XII

NOCHE DE REYES.—EN LA OLIVA

Los camellos de la caravana, echados en la arena y meciéndose a intervalos, son una flotilla de góndolas que montan las muchachas, entre un revuelo de faldas que esparce en torno un fuerte perfume sensual.

Un camello se ha comido su ración de cebada, abundante porque el amo es rico, y lanza una nota aguda. Los mozos azuzan a las bestias, que echan a uno y otro lado las patas, a guisa de remos; los cuellos serpentinos se tienden, y las cabezas avanzan como proas, dividiendo las tinieblas.

El camino sube en ligera pendiente, hace una curva que deja ver los picos de la isla de Lobos, más oscuros que la noche, y entra en la tierra *majorera*. Ahora es ancho y sin límites como una llanura yerma que cubre el *malpaís*, donde los *cardones* muestran sus dedos mutilados, y las *tabaibas* hinchan sus faldas verdes y pomposas.

La caravana, bulliciosa, emboca el camino, cercado por los altos tapiales de piedra seca, donde las tinieblas se espesan como una bruma rastrera en la

que se hundan las patas de los camellos, que flotan en ellas con sus cargas. Teodora, a pie descalzo, confundida en las sombras y con su niño en brazos, va a cumplir su promesa.

Ña Matilde ha empezado otra de sus historias. Ahora son las brujas, las aves de la superstición; las almas volanderas de la leyenda esmeraldina, que es universal, como la tradición del Diluvio y de los primeros padres. Las brujas de largos velos viscosos y alas de murciélago, que tienen tan gran poder; las hechiceras vengativas y malignas que hacen secar los pechos de las mujeres impidiéndolas criar, y las vuelven frías como el mármol, para que sus maridos las aborrezcan, y ponen fuego en las gargantas de los hombres, haciéndoles beber y emborracharse, o en sus centros, haciéndolos seguirlos como machos en celo...

Los nubarrones plomizos han hurtado todas las estrellas. El viento se ha hecho aún más frío; como de madrugada. Un leve rumor lejano azota los caminos. A uno y otro lado se alzan las casas, tan dormidas que parecen abandonadas. Y a Teodora le arranca un grito agudo un ave nocturna que pasa rozándole el cabello.

Ahora todo el ancho del camino está lleno de gentes y de risas. Han desembocado en el cauce de la multitud grupos de diversos *pagos*; entre la muchedumbre se alzan aquí y allá las jorobas de

los camellos, y las brasas de las pipas hacen destacar el rojo vivo de un zagalejo, los destellos de las piedras falsas de un alfiler, los tonos fuertes de sacos y pañuelos o algún detalle picaresco.

Han quedado atrás las sombras y los terrores de las leyendas demoníacas. Un gozo ingenuo alborozaba a la multitud, como si hubiese vuelto de súbito a la infancia. Y en un trozo de cielo azul, la luna muestra sus cuernos de plata y recorta en él la silueta esbelta de una palmera.

La iglesia de La Oliva es grande, muy grande, y pobre, muy pobre. Hecha para el pueblo, que la llena de fervores y de ofrendas, aunque la devoción es mucha, el valor de ella es escaso.

Un armazón de vigas desnudas soporta el techo, a través del que se filtra la claridad lunar.

El portal es viejo y mal pintado, con ese candor que no repara, y el buen pueblo, que invade todos los años la gran nave, tiene para el ingenuo retablo tiernas y exaltadas alabanzas...

Ha entrado en el templo la muchedumbre que henchía los caminos, y se ha sumido en él. Fuera estallan los cohetes, que tocan llamada con sus aldabones de oro en las puertas del cielo. Las velas del altar no pueden disipar la oscuridad; pero a medida que los devotos entran, nuevas estrellas se prenden en el toldo azul celeste que cubre el portal, como luminarias por el advenimiento del Re-

dentor de los hombres de corazón sano y buena voluntad.

Compadre Gaspar, que es viejo, y al que el hijo se le ha marchado a América, prorrumpe en bendiciones y alabanzas; no tiene otra riqueza que este incienso de la oración. Compadre Melchor ha puesto al pie del altar una gran banasta colmada de *viejas* secas, de fuerte olor salino. Y compadre Baltasar deja caer sonoramente en la bandeja un puñado de monedas de cobre, resobadas y relucientes como oro...

Teodora ha entregado el haz de sus cirios blancos, comprados a costa de tantos esfuerzos, que arden lentamente, elevando sus llamas a lo alto, y en sus brazos acansinados ofrece su hijo a la misericordia de los Santos Reyes Magos, que han de ser poderosos contra todas las malas hechicerías, exprimiendo el corazón henchido de fervor. Un rumor grave, que llena todos los espacios y todos los silencios, se oye fuera. ¡Llueve!...

Llueve con esa lluvia lenta, constante e igual que no engaña: ¡Nuestro Señor el Buen Año ha nacido!...

XIII

LLUEVE...

Llueve. Hace una media hora que empezó a llover, y ya caen de las cañerías sobre el enlosado del patio gruesos chorros de agua. Llueve a cántaros, a torrentes. La lluvia se desploma en haces apretados, tan unidos, que el viento se deshace contra ella y le arranca ráfagas de vapor, sin poder torcer la madeja del agua, cuyos hilos no se pueden cortar.

No son gotas, son venas líquidas; son sutiles varillas de cristal que se quiebran en los resaltos de la torre, en la cornisa y en la azotea, vibran en la cúpula de cobre que corona el torreón y teclean alegremente en los cristales de la linterna.

Por la esplanada corre el agua rápidamente, deslizándose sobre el cemento; en la tapa del aljibe la vena se rompe en pequeñas venillas, como en el tazón de una fuente; en toda la isla, en el mar, en Lanzarote, y allá lejos, en las montañas de Fuerteventura, que cubre un amplio velo de nubes grises, cae la lluvia que refresca, la lluvia que devuelve a la tierra su fecundidad, la lluvia que es, según la

frase gráfica del labriego, "plata acuñada por Dios".

Teodora contempla extática las gotas, cuenta los chorros, cuenta los minutos, y calcula, sopesando las nubes con los ojos. cuánto podrá durar este para ella encantador milagro de la lluvia, que no duda en atribuir a sus patronos.

¡No podía dejar de llover este año! ¿Iba el Señor a abandonar a los pobres? Su fe es tan grande, que infunde respeto. Y cuando, días atrás, la escasez de agua hacía presagiar otro año malo, sólo ella se agarraba tenazmente a la esperanza. ¡Ha llovido el día de la adoración de los Reyes, y tiene que llover!...

En la isla de Lobos, al menos, el conjuro ha hecho su efecto. Ha llovido cuatro largas horas, durante las cuales la charla inagotable de Teodora señala el diapasón de su alegría. Calmada ya la lluvia un tanto, marchó por la montaña abajo, y al rato volvió presurosa, sonrientes los labios y húmedos los ojos:

—¡Don Ramón, don Ramón! Los aljibes de abajo están llenos!...—Y volvió a bajar la cuesta, alegre y saltarina, como una chiquilla.

Para don Ramón, criado en las ciudades, lejos de los campos, esta preocupación del agua era algo de que apenas tenían vagas e inciertas noticias. El llover o el no llover le dejaba sin cuidado, y en

ello veía a veces una cosa importuna, un molesto contratiempo para el paseo.

Pero ahora, en contacto con las inquietudes que despierta y las alegrías que causa, el hombre de ciudad ha sorprendido el misterio de la lluvia bienhechora; ha aprendido por qué las miradas inquietas de estos hombres se dirigen a lo alto; ha comprendido la fe ingenua de los campesinos en la bendita agua que lo cura todo.

Ha compartido su pena al contemplar el descenso del nivel de los aljibes, dándose exacta cuenta de lo que representa esa riqueza, y ha aceptado el prodigio de la lluvia, animando su espíritu para, al oírla, soñar en las tradiciones y leyendas que hacen sus gotas lágrimas de la Virgen, cuentas de cristal del Rosario, diamantes de la corona de la Reina de los Cielos. Todo lo que quisieran estas gentes si tuvieran entre sus consejas esas poéticas comparaciones de los cuentos andaluces.

Para ellas son solamente monedas de plata las que caen; pero esa plata es santa, porque representa el pan de todo el año.

XIV

EFECTOS DE LA LLUVIA

Teodora habría protestado de esta exclusiva evaluación.

—Y algo más que el pan...

Algo más. Las lluvias que han fecundado las tierras, preparándolas para las futuras cosechas, han refrescado en las almas de los hombres ausentes los recuerdos del terruño, renovando con una pujante lozanía la añoranza de la tierra natal.

Las cartas de Fuerteventura se extienden por las otras islas como bandadas de palomas mensajeras, llevando la buena nueva a los desterrados.

Y Teodora ha enviado una de estas palomas, que aparece bien visible en un ángulo de la carta, con un ramo de flores en el pico y un niño en relieve, sobre una cesta llena de flores. No la había más adornada en la loja.

La envía Teodora, pero la ha escrito Dueña María, porque aunque aquélla ha aprendido a hacer letras con ésta, no quiere que epístola *de tanto respeto* vaya de su pulso tembloroso. La diplomacia es una ciencia fría y severa.

A estas cartas los hombres no saben resistirse. Los llaman las familias, pero es la tierra, con su oscuro dominio, la que los atrae; la tierra austera, que se viste de galas para recibirlos.

En la isla de Lobos, a todo lo largo del camino hasta el Puertito, no se ven sino baifos, cabras y machos castrados y sin castrar. Han llegado dos o tres barcos de Lanzarote, y en ellos una muchedumbre de reses de todas clases, grandes y chicas.

La presencia de estos animalitos anima singularmente el paisaje austero. Por entre las rocas, en lo alto de las montañas, en el filo agudo de un *beril*, saltan y corren a su antojo, se saludan dándose cariñosas topadas, trepan, desaparecen, vuelven a aparecer... Celebran a su modo la vuelta a la vida.

Otro elemento decorativo es la hierba, que bordea los caminos y pone sobre el suelo su alfombra verde; que transforma la llanada de las *Lagunitas* en un jardín encantado, en el que, al retirarse las aguas, dejan ver los parterres de esas raras plantas de anchas hojas que trazan entre las otras complicados laberintos, y las *tabaibas*, que escalan los flancos de las montañas y se yerguen en las cumbres con sus copas cerradas, como enormes claveles reventones de un verde vivo, que destacan de las rocas su exuberante vitalidad.

Esto es lo que da a la isla esta alegría desacostumbrada: la vida; la vida, que se muestra en estas hierbas que crecen día a día; en esas *tabaibas* que envían a través de las entrañas de la piedra sus raíces y elevan al sol sus copas; la vida, que se ofrece alegre y juguetona en estos animalitos saltarines que trepan a los cantiles y los coronan con sus actitudes estatuarias; la vida, que la lluvia ha hecho resurgir pujante de las entrañas de la tierra.

XV

LA CANCIÓN DEL AGUA

En los puertos la hilera de inmigrantes forma cola en los despachos de los correíllos o se amon-tona en las cubiertas de los pailebotes. Todos lle-van la cara alegre, el ható henchido de encargos y regalos y el pecho de esperanza.

Por los grupos que se forman en los muelles co-rren las noticias llegadas en el último correo: los aljibes llenos; las *gabias* como lagos; la tierra cuarteada del agua, como un vientre rotundo de mujer en estado; las montañas vestidas del tercio-pelo verde de las hierbas vivaces; las *maretas* des-bordando; los barrancos corriendo, con su dulce melodía que convida al sueño...

Fuerteventura tiende a sus hijos los brazos amo-rosos de madre fecunda.

—¡Venid! Estoy tan plena de semillas y de gér-menes, que necesito todos vuestros esfuerzos para desgarrar mis flancos. ¡Venid!... Mis campos espe-ran ansiosos las heridas del surco.

Y sus hijos se precipitan a esta llamada. En to-dos resuena, en lo hondo del alma, el rumor de la

corriente subterránea que va despertando las siemientes dormidas. El silencioso trabajo de la germinación, que es para ellos claro y perceptible como una canción de cuna. Y se sienten arrullar por ese canto, como el marino por el batir de las mareas.

Manuel es de los últimos en embarcar...

Ha conocido, en los cafetines del muelle grande del Puerto de la Luz, el sabor de todos los licores, y en otros rincones más recónditos el color de la carne de las mujeres de todos los climas.

Su alma primitiva ha satisfecho todas sus ansias y su cuerpo todas sus hambres, y ha devorado en esos meses con tal prisa y tan descomedido afán de goces, que cree el ingenuo que no le queda nada que gustar.

Va en curioso, porque no se ha atrevido a decir que en indiferente; quiere volver allá también *porque no digan*, y este temor al qué dirán es ya una concesión *al costumbre*: la ley tradicional, que vuelve a atraparlo suavemente entre sus preceptos.

Y como un pretexto para calmar sus íntimas vanidades, añade para sí:

—¡Me gozaré los Carnavales!

XVI

DE VUELTA DE LA PESCA

Son las cuatro, la marea crece, y el pequeño canal lo invaden las aguas, transformando en isla la península del Puertito.

Este puertito así dispuesto es un providencial refugio para los pescadores. En un croquis, el agua con los tres canales formaría una Y mayúscula curvada, con un gran rabo grueso que sería la parte más resguardada: el seno con su playa de arena; el pequeño canal formaría el punto de unión de los dos grandes, y la separación entre ellos, esta montañeta trapezoidal, que es península o isla, al compás de las mareas.

De los dos canales grandes, el de la derecha es el más largo y como en todos los caminos de la vida el más seguro.

Las barcas no se ven venir desde el Puertito sino hasta el momento en que una guiñada rápida hace lucir las puntas de las velas a lo lejos; pero, por regla general, un chico, encaramado en la Atalaya, que es un cono que domina la isla hasta Corrale-

jos, anuncia la llegada de los que vuelven de la pesca :

—¡Cho León!...

—¡Cho José!...

—¡Cho Marcial!...

Y tras cada grito las mujeres entran en las chozas y van poniendo en orden los cestos del pescado, pelando las papas *tejeretcadas* y prendiendo fuego a la leña, sobre la cual el caldero, lleno de agua, espera su ración de pesca, como una boca abierta entre las llamas rojas.

La entrada de la barca es siempre calmosa. Las voces, los esfuerzos, el coger rizos y el crispas de las manos robustas sobre los remos, es a la entrada, ante las rompientes amenazadoras que guardan los canales.

Pasada la entrada, el mar se desliza manso, tal que un río, entre las paredes acantiladas, y hace más ruido el glu-glu del agua que las proas al cortarla. Sólo algún remo o tal cual vara chapotean de rato en rato, acelerando la perezosa marcha de las lanchas, que tienen una apariencia de pesadez: ¡ellas, tan veloces!

Imposible averiguar cuál viene más cargada. El lento arribar las iguala, y la pesca, aunque abundante, apenas si hace hundirse las bordas unos centímetros.

De ahí las impacencias de las mujeres y los chicos, que contienen sus preguntas por respeto al

padre, al que las alternativas de la pesca no deben hacer perder la ecuanimidad. Estos pescadores creerían rebajarse ante sus propios ojos si un día de mala suerte les agriara el humor.

Manuel ha desembarcado del barco de los Faros por el bajo del Martiño, después de ayudar a la gente a echar la carga, para pagar su *flete*.

No ha avisado su llegada, y cuando Dueña María le ha echado en cara esta falta de delicadeza, se ha sonreído torciendo la boca, con la sonrisa mala del hombre que sabe lo que es la vida y cómo debe tratarse a las mujeres.

Pero hay un aviso misterioso que llega al corazón que quiere bien y allí golpea suavemente, anunciando las grandes alegrías; y Teodora, aunque no ha ido al Faro, tiene el presentimiento de que algo muy grande y muy dulce ha de venir para ella en este día.

Y como solamente puede venir en las lanchas, a la vuelta de la pesca, allá está aguardando la llegada con las demás mujeres, como si tuviera también alguien a quien esperar.

Y cuando divisa la lancha en que llega, y antes que el chico puesto en la atalaya lo cante, ya sus ojos le han adivinado, y, poniéndose en la orilla, sin notar la caricia del agua que le baña los pies, grita:

—¡Manuel, Manuel!...

XVII

•JAREANDO•.—CHARLAS Y PLÁTICAS

El *jareado* de un pescado regular, una *sama*, un *bocinegro*, se hace en cinco cortes: uno, que divide el pez por el lomo, y otros cuatro a lo largo de la espina central, dos a cada lado. Después, las mujeres se encargan de sacarles las tripas, salarlos y ponerlos a secar.

Mientras se *jarea* hay en el Puertito un tumulto, un alboroto desacostumbrados. Las mujeres preguntan, los maridos contestan; los chicos mayores, que van a la pesca con los padres, cuentan los incidentes de los lances; las gallinas picotean por todas partes, y los gatos y los perros aprovechan los descuidos. Esta es la hora alegre, la hora democrática, la hora de las expansiones.

El borbollar de los calderos donde se cuece el pescado es una armonía tan dulce, después del día entero pasado en el mar sin otro reparo que el puñado de gofio de cebada, que desfrunce los entrecejos de estos padres severos en la apariencia, enérgicos y recios en el reñir, y que son como niños grandes en las manos de las hábiles esposas, que

los dirigen a su antojo. Esta hora es, pues, la del hogar, la de las confidencias, la de la *charla*.

Pero terminado el jarear, calmada el hambre con el gofio escaldado y el *conduto* de *mojo* picante, porque el año viene bueno, los hombres graves se reúnen en la playa, se encienden las cachimbas, y en la calma de la noche plácida en que brillan los luceros, o al *soco* de las chozas, cuando amenaza lluvia, en torno a las calientes cenizas de las hogueras, que ahorran la yesca, echados sobre los guijos en diversas posturas, los casados *platican*.

No hablan: *platican*. Hablar lo hace cualquiera: las mujeres, *los familias*, *los magos*... Y lo que hacen estos sesudos pescadores, con la cachimba encendida entre los dientes, es infinitamente más serio y trascendental, porque *platicar* es un cambio mutuo de sentencias, reflexiones juiciosas y anécdotas, que son como parábolas para enseñanza de los mozos, que se acercan al grupo callados y respetuosos.

Cada palabra que surge de entre el humear de la pipa, cae en el silencio pesadamente, como las sonoras y pausadas campanadas de un reloj:

- ¿Recuerda a Cho Tomás?
- Hombre tremendo aquél.
- De sangre murió.
- Tal día como es hoy.
- Tomaba mucho.

—¡Fuerte henibre!

Tras cada una de estas frases las cachimbas humean un momento, como si fuesen las chimeneas de las forjas donde se purifican esas palabras antes de someterse a la admiración de los mozos y a la aprobación de los viejos.

Fuera de los halos luminosos que forman las mortecinas hogueras, sueñan de rato en rato trozos de conversación, réplicas, frases sueltas, risas... Son las mozas y los mozos, que charlan, vigilados por las madres, mientras desmenuzan las vidas de las ausentes.

Ni una moza se acerca al corro de los viejos, cuyos enérgicos perfiles se acusan a los rojos reflejos de las hogueras; pero un trozo del vivo zagalajo, una pierna bronceada, una falda clara o unos cabellos que azulean, bañados rápidamente en luz, dan un atractivo misterioso a lo que permanece en sombras. En la oscuridad, los relieves, en retazos se completan con la imaginación, dándoles un misterioso atractivo; y atraído por estas vagas apariciones, un mozo se levanta del grupo de los viejos, se aprieta la faja disimulando el embarazo y se acerca al de las mozas, haciendo brillar las brasas de la pipa.

Poco a poco, mientras la noche avanza, las voces se van haciendo tardas y perezosas, y en las sombras las risas aumentan. Unos sonoros roncidos las acrecientan, y con los últimos chispazos

de las hogueras, los viejos, las mujeres y la muchachería se retiran. Y ya en sombras el Puertito. mientras las gaviotas riñen una descomunal batalla por los restos del pescado, que la marea va arastrando por los canales hacia el mar, Teodora y Manuel, uno al lado del otro, sin hablar, se encaminan a su choza.

XVIII

EL MAL MISTERIOSO

El Carnaval se ha suspendido este año en Corralejos. Los barquitos han recorrido en balde la Bocaina para traer los comestibles y *bebestibles* necesarios, atravesando a toda vela ese brazo de mar entre las islas, que es a veces muy peligroso.

Han quedado guardadas en los grandes arcones las caretas compradas en *la Arrecifa*. El pan, que es el lujo extraordinario del Carnaval, que se permiten hasta los más pobres, se consume familiarmente. El señor Patricio está desesperado, porque su cargamento de *mallorca* y ron no tendrá salida. Y las rondas de mozos se han alejado en silencio hasta el Cotillo, por el camino de Los Lajares, para gozarse el Carnaval en Tostón, ya que en Corralejos este año no se celebra.

El Carnaval ha sido este año muy tarde, casi al terminar marzo; la sementera se presenta como nunca, y los *magos*, cuando los campos verdean prometiendo una buena cosecha, no regatean el pescado.

En todas las casas se preparaban unos Carnavales rumbosos, y ya estaban dispuestas hasta las largas mesas que se colocan ante las puertas para convidar a las rondas, cuando todos los preparativos han quedado interrumpidos por la imprevista gravedad de Teodora, que, aunque estaba *arruinada* hacía algún tiempo, no hacía prever un fin tan rápido.

Y Teodora de ésta no escapa. Lo ha dicho *el Médico de los corderos* moviendo gravemente la cabeza, y lo han confirmado con sus filtros Ña Martirde, Ña Rosalía, la del Puertito, y Ña Trinidad, la de la Oliva: Minos, Eaco y Radamanto...

Por eso Dueña María, que nunca abandona el Faro, ha venido a verla estos Carnavales, en que el pueblecillo, vacío de gente moza, que se ha dispersado por los inmediatos, ávida de gozar las fiestas, parece más triste y más pobre que nunca.

Teodora espera la visita en la gran cama reservada para los huéspedes, en la casa de su madre, con las cortinas blancas adornadas con flores de papel, el arcón-cómoda, las sillas talladas y las estampas de las paredes, donde las imágenes de santos alternan con los cromos descocados, que mezcla una sencillez tan ingenua, que no escandaliza.

Dueña María se acerca a la enferma, y Teodora, animada con su presencia, cuenta en voz baja y extremadamente ronca sus penas a la Torrera de Martiño, que sabe comprender los padecimientos

de una mujer casada que quiere a su marido; confidencias que en Corralejos son casi indecentes.

Manuel se ha vuelto a embarcar, y ahora para *La Bana*, en un balandro que hace la travesía del Atlántico llevando cebollas de la Tiñosa y trayendo ron de Cuba. Y esta vez tiene el presentimiento de que no ha de volverlo a ver.

Dueña María, comprensiva, la consuela con esas palabras alentadoras y esperanzadas que sólo tienen para las penas de amor las que aman bien:

—Aunque el viaje sea tan largo, él volverá. Ya verás como vuelve... Tiene aquí todo lo que quiere. Su madre, su hijo, tú...

Y en voz baja:

—Ya viste cómo te quería...

Y piensa para sí:

—¡Ojalá no te hubiese querido, el infame!...

Teodora escucha estas palabras consoladoras y sonríe, más que con los labios, con los ojos. Sólo ellos tienen vida y luz en la cara pálida. Tan pálida la ha puesto el mal, que la carne color de buen trigo tostado parece blanca como la cal; blanca con una blancura artificiosa, como si la Muerte, por ser Carnaval, se hubiese disfrazado con la careta de Pierrot.

SED...

NOVELA MAJORERA

A Rodolfo Viñas, en
tributo de fervorosa ad-
miración.

I

EL POZO

Al asomar la cara al brocal del pozo, el hálito del agua soterrada le alivió la piel de la abrasada caricia del aire que venía de *allá enfrente*, de las anchas planicies de arena caldeadas por el sol, como de un horno, envuelto en llamas y cenizas de polvo impalpable.

En torno al pozo, a distancias regulares, se jalonaban las *tabaibas*, que aun en la *secura* del verano conservan la embustera lozanía de sus menudas hojas verdes sobre los troncos plateados. Y a todo lo largo, leguas y leguas por la costa, hasta Puerto-Cabras, se extendía el *jable* amarillento de arena, de un tono pálido oro mate.

El balde, al caer, quebró el haz del agua en anchas ondas, que se deshacían en las paredes del pozo, tapizadas de verdín, y salió rebosante de esa fría delicia de los manantiales profundos: engañosa apariencia del agua salobre y áspera.

Cho Tomás bebió en el balde, que con su sabor a cine hacía el agua más pasable, y vertió el sobrante en el barril por el ancho embudo de madera; Cipriano esperó vez, y después de beber siguió llenando los *vasijos*.

Cuando estuvieron llenos, los rodaron hasta la playa y trajeron otros dos... y así continuaron cargando el barquito, que se balanceaba suavemente al compás de las olas del río.

La marea subía con su andar cauteloso, cubriendo las huellas de los pies descalzos sobre la arena húmeda y llenándolas de agua; avanzando en silencio y tendiendo sobre la lisa playa el festón de sus encajes de plata, que una nueva ondulación del agua desgarraba y barría.

Hacia un día azul de invierno deslumbrante de luz. El sol era un dios sañudo y terrible que anunciaban las brasas de la aurora precediéndolo como un rojo escuadrón de batidores; y su majestad palpitaba en el espacio asaeteado por sus flechas, en la tierra, donde sus rayos se hundían pesadamente como lanzas de bronce, y en el mar, en que se clavaban las moharras de plata, desgarrando la túnica azul del padre Océano... Y del domo de cristal del aire, que chirriaba al choque de esas armas, caía un polvo diamantino de finas limaduras de luz...

La lancha, hundida en el agua hasta la borda, desatraco de la playa con un lento cabeceo de la proa, que se hundió bufando en una ola... La madera ardía, y la pintura, grieteada, se erizaba como una piel chamuscada; la vela pendía flácida, y al compás de los remos la lancha se abría paso trabajosamente entre las aguas dormidas, abandonada a

la corriente, que obligaba a forzar las paladas para no perder el rumbo:

—¡Jaaaá!...

Los hombres jadeaban, apalancando el remo para aprovechar el máximo esfuerzo. El golpe del tolete—toc, toc—cantaba el empuje. Y la lancha hociaba, acariciando con el tajamar las pesadas olas, que se deslizaban bajo la quilla con una suavidad untuosa.

Ya cerca del Puertito, espaciaron los golpes de remo. Aun en este día de *calma chica*, la isla de Lobos se ceñía su cinturón de espumas.

La corriente del río los empujaba hacia la desembocadura del pequeño canal, donde el *calafate* asomaba de rato en rato su calavera negra y monda, alisada por la resaca.

El glu-glu de la marea llenaba el hondo silencio...

En las aguas serenas la lancha se balanceó pesadamente, como una joven casada orgullosa de su vientre, que exagera la torpeza de su estado...

La vela se hinchó un instante al abrigo de la montañeta que separa los dos senos del *Puertito* y es isía en la alta marea y península en la baja... Nada: un soplo de aire enfriado por el batir del mar en las rompientes; una travesura de las olas al padre Sol... Y la piedra del ancla cayó en el fondo con brusco chapoteo.

II

LA CARTA

Marcos el Loco había llegado aquella mañana de Corralejos.

Lo llamaban así por su vida de errante peregrino del mar. Con su lancha, que contenía el ajuar de la familia—la mujer y dos chicos morenos y ágiles que le ayudaban en la pesca—, rodaba de playa en playa, siguiendo las estaciones, de Jandia a Papagayo; de la isla de Lobos a la Graciosa y Alegranza... Y aseguraban que en sus tiempos de recién casado cruzó en su barquito las cincuenta millas de mar libre hasta Gran Canaria, en un fantástico viaje de novios, para *mercarle* a su mujer unas galas en las *lojas* del Puerto de la Luz. *Marcos el Loco* echó mano a la *cachorra* de fieltro acartonado por el salitre, y de la badana sacó una carta, se la tendió a *Cho Tomás*, con aquel gesto suyo de infinito desdén para las cosas de la tierra y de sus gentes, y, al entregarla, se dignó aclarar:

—La mandó Don Manuelito, de La Oliva.

Cho Tomás se ladeó la *cachorra* y *encomensó*

a rascarse las greñas canosas, signo en él de gran preocupación. Se acercaban las elecciones, y aquel papel, viniendo de donde venía, no podía traer nada bueno para él, alcalde de mar de Corralejos.

—¡Por vía del *partío majorero!*... La gente joven, ya se sabe... Se toman unas *calenturas*...

—¿No estaban *taos* en *conformidá* con el *partío* viejo?... —A bien *qu'a é* ninguna *mercé l'habian jecho*. Ni mal tampoco. Pero en esto de la política, el no hacer ningún *estropicio* ya es *bondá*...

Bueno; *pos* iría al Faro, *pa* que le leyeran aquello Don Fernando o Don Ramón.

Ña Matilde se le acercó:

—¿Va al Faro, compadre Tomás?

—Voy.

—¿*Quedría* llevarles a los torreros un *caldo*?...

Pensó Cho Tomás un momento si convendría a su dignidad este transporte del pescado ajeno, y resolvió que no. Pero, ¿cómo negarse a la petición de Ña Matilde, que le sonreía con toda su dentadura ennegrecida por el tabaco?

Reflexionó un momento, y:

—Mi nieto llevará la cesta. *Alónquesela, comadre Matilde*...

Se confortó con un trago de caña, escondió el tarro en la faja *por mor del calor*, porque la caña refresca, en opinión de sus devotos, y emprendió el

camino ágilmente, como si la pesadumbre de sus sesenta años se aliviara con la compañía del licor amable de la lejana isla donde pasó su juventud navegando *por la Marina del Rey*, entre sus puertos: *La Bana*, Matanzas, Trinidad...

III

LA SED DEL ISLOTE

Cho Tomás ha enviado a su nieto por delante como heraldo de su persona y por si logra *alcanzar* alguna cosa con que los *torreros lo consuelen*. Ante su abuelo no la tomaría.

Y también por gozar de esta bendición de caña, que conforta el ánimo y lo predispone a la bondad y a la esperanza.

Tal vez el papel traiga alguna cosa buena... ¡Lo que está de Dios!... Y *Cho Tomás* aspira a lo alto devotamente empinando el tarro y sintiendo esta *conformidá* de su propio optimismo.

Que ha de ser muy fuerte cuando se mantiene ante la tremenda desolación de la isla en este invierno sin lluvias.

Todos los años, el islote de Lobos sirve de tierra de pasto a unos cientos de reses, cuyos amos pagan al arrendatario una *fisca* (1) por cabeza.

Este año la emigración ha sido mayor. Los

(1) Moneda imaginaria que equivale a treinta céntimos.

campesinos, viendo sus tierras mondas por la sequía, han transportado sus animales al islote, por centenares, con la esperanza de que *escaparán* con las hierbas marinas y la caridad de los torreros.

Pero la caridad de los torreros no puede dar para todos, y las hierbas marinas son un engaño de lozanía que produce una sed rabiosa que ningún agua puede calmar.

Y por todo el islote, las reses, inclinadas humildemente hacia la tierra, ramonean tristemente o escarban buscando un poco de humedad; flacas hasta mostrar las costillas bajo la piel descolorida, con los roeles que dejan las *tabaibas*, como lacras de miseria, las ubres secas y esa mirada angustiada de las bestias que presienten su fin.

Aquí y allá blanquean las osamentas de los *baifos* (1) que sucumbieron a la sequía, desplomándose como heridos de muerte por las saetas de luz que caen implacables de lo alto. Y a la orilla del mar se oye *belar* a los cabritillos, que, enloquecidos por la sed, se lanzan a los charcos de agua salada en un afán suicida de beber y morir.

Las plantas han perdido la tonalidad verde de sus hojas, que se ha transformado en un tono ceniciento.

Sólo muestran colores de vida los granos jugosos de las hierbas marinas y las *tabaibas* que ver-

(1) Baifos: Cabritillos.

dean aún sobre los troncos secos y carcomidos. Las *aulagas* aguzan sus espinas, apelonándose como zarzales de alambre, y el *torsal* es todo leña.

Todas las mañanas las reses se arrastran penosamente hasta la puerta del Faro. Su instinto las agrupa en torno a los aljibes, que conservan la única agua del islote. Y llenan los ecos con el clamor de sus balidos.

No es posible calmar la sed de las pobres bestias, que más que sed de agua es sed de vida.

Cho Tomás ha oído las críticas de esta falta de caridad de los torreros, y al llegar a los aljibes del Faro, situados al pie de la cuesta del cerro de Martiño, sintió la atracción de la frescura del agua a través de los grandes arcones de piedra, aguzada por el afán de comprobar por sus ojos esta penuria que se tacha de avaricia.

Levantó la tapa, y le sorprendió lo bajo del nivel:

—¡Dios! ¡Si llegara a faltar el agua del Faro!

Falta de caridad, no. Allí están las mujeres esperando vez para lavar la ropa, después del lavado de los torreros. ¿No podrían aprovechar el agua para las bestias, que los amos les venderían gustosamente por nada? Falta de caridad, no; falta de agua. Ellos no la han regateado nunca...

Los torreros reciben a *Cho Tomás* con simpa-

tía. En su vida solitaria, una visita es siempre un acontecimiento; pero el viejo pescador goza además en el Faro de una elevada estimación por su buen humor, sus cuentos y *leyendas* y su afición a la caña.

IV

TODA UNA CARTA

La carta es toda una carta, con su nombre arriba y su firma abajo, que el alcalde de mar de Corralejos considera atentamente, como queriendo desenredar la complicada madeja de esa rúbrica, en la que se siente envuelto y agarrotado como una mosca en la tela de una araña.

—¡Vaya con Don Manuelito, el muy... caballero!...

—¿Y cómo va él a obligar a los hombres, vamos a ver? El no es *naiide*. Eso de alcalde de mar, *como si es nada*...

Y hace un gesto despectivo al hablar de este cargo, del que está tan orgulloso.

La gente hará lo que le convenga; y él, en cuanto a él... Señor, si la tierra es de los amos, ¿qué va a hacer?...

—Claro que el pozo es de Don Manuelito, que manda en su agua y puede prohibir que los hombres la cojan y matarlos de sed. Pero la tierra es la tierra, y sin ella los *probes* no *puen viví*.

Cho Tomás, en esta peroración emocionada, enumera los datos del complicadísimo problema :

—El amo del agua es del *partío* nuevo; los dueños de la tierra, del *partío* viejo: la tierra y el agua *jasen farta pa mantené la vía*. ¡A *vé* qué hace el alcalde de mar de Corralejos en esa tremenda alternativa!

Todas las casas del pueblo están en la tierra de los amos del viejo partido, que ha dirigido siempre los destinos de Fuerteventura, y el único pozo que surte de agua a Corralejos, en este invierno en que Dios no manda lluvias—como en tantos otros—, es de Don Manuelito, que representa al partido nuevo...

¡Si cayera un chubasco!... Sí, sí... Los que caen son chorros de fuego en este mediodía de febrero, que parece agosto.

V

CORRALEJOS

Es sábado, y al volver de la pesca los viejos *ja-rean* el pescado y se llevan *un caldo* del *frescal* para Corralejos.

Los mozos acucian a las madres con el afán de llegar temprano al pueblo. Hay *velorio* en casa de *Cho José*, como todos los años, y no quieren llegar tarde. Y aún es día claro cuando toda la flotilla encalla en la costa *majorera*.

A la vista del Faro, entre el *jable* amarillento de la playa y las montañas grises que cierran el horizonte, extiende Corralejos sus casitas de nacimiento.

Desde el mar, la aldehuela de pescadores parece un juguete. Se la ve tan linda, tan alegre, que se desea vivir en ella y retirarse a descansar de la vida inquieta tras los muros de una de esas casitas tan risueñas.

Pero a medida que la lancha va aproximándose a la playa, las casitas, que a lo lejos parecían enlazadas en el conjunto abigarrado de sus colori-

nes, se alejan unas de otras, dejando anchos vacíos, y apenas forman en un punto un principio de calle, cuando se apartan aquí y allá, huyendo el contacto.

La vida de ese pueblo, la psicología de sus habitantes, sus costumbres, su alma entera, están en ese cambio del paisaje. En apariencia, estas familias hacen una vida común, sin antagonismos; pero ahondando...

Cuando la lancha encalla en la arena notáis más claramente todo esto; las casas, tan risueñas a lo lejos, ofrecen de cerca una apariencia hostil; estas fachadas sin huecos son hurañas, herméticas.

Todas carecen de vidrieras, y una casa sin vidrieras parece ciega. Los vidrios, en que la luz cabrillea, dan luminosidad a las paredes con la policromía de los destellos que les arranca el sol. Y aquí los cristales no se usan; las ventanas se cierran con postigos de madera, y sólo un par de casas ostentan pretenciosos balcones, que son, más que comodidad, adornos de las fachadas, pintadas con orlas ajedrezadas de un gusto primitivo.

Hay cierta casa almenada, con un grueso cubo empotrado en la muralla, estrechas saeteras y una cruz de hierro coronando la rampa; unas se aíslan con sus extensas corraladas, y otras se hunden en la arena, y para entrar en sus viviendas hay que descender varios escalones.

Estas son las más antiguas del lugar, y sus terra-

dos se elevan apenas sobre la arena un par de metros, lo que indica cuál fué la idea que llevó a esta playa a sus primeros pobladores. Pero por si ellas no lo explicaran con su apartamiento, sus habitantes lo aclaran con sus quejas:

—Antes—es la diaria cantilena de *Cho León*, el patriarca de Corralejos—éramos pocos y había pescado para todos; pero ahora...

Y hace unos puntos suspensivos, que son una protesta muda contra el incesante acrecentamiento del lugar.

VI

• PLÁTICA •

Sentados o tendidos en la playa, *al arrimo* de las lanchas varadas, que hacen *soco*, los viejos forman rueda.

Han deletreado la carta los más *sabidores*, y las brasas de las *cachimbas* humeantes destacan de las sombras los perfiles enérgicos de estos lobos marinos.

En la noche en calma, el rumor del mar llena los hondos silencios. La brisa orea los rostros *culotados* por el viento y el sol... Estos hombres hablan poco y reposado, después de meditarlo mucho. La palabra de un hombre es un compromiso, y antes de tender la mano y estrecharla, que es la firma usual de los contratos, conviene pensarlo y madurarlo.

Por de pronto, todos están de acuerdo en un punto: reñir con los del partido viejo no es posible. Son los amos—¡lo han sido toda la vida!—, y esta continuidad del dominio les parece inmutable.

Las tierras están aquí, firmes, desde que el

mundo es mundo, con sus escrituras de propiedad en poder de los señores. Fué ayer apenas cuando solicitaron humildemente la merced de su protección feudal. Esto es lo fijo, lo que ha sido siempre... Y una casa no se muda de lugar.

El agua es la necesidad del momento; la angustia de este invierno, que pasará, y detrás vendrán otros tiempos—una angustia pasajera—. Además, el pozo es de Don Manuelito y nadie le discute su derecho; pero está ahí, en el *jable*, como quien dice, abandonado...

Y *Cho Pedro* hace esta insinuación con un tono ligeramente irónico.

—Sí—replica Andrés—, pero puede ponerlo en guardería.

Esto es grave. Se hace un largo silencio y las pipas humean un rato...

—El pozo tiene mucha agua—dice uno.

—Nunca lo vi seco—añade el más viejo.

—Y aljibes no faltan—apunta tímidamente el primero.

Esto es grave, muy grave... A la luz de las pipas, que humean furiosamente ahora, se acusan los rostros: las rojas narices, las marañas de los bigotes y las patillas aborascadas.

Una voz prudente:

—El verano es *mu* largo.

Y otra, resuelta:

—Pero *pa'l* verano las *elecciones* ya han *pasao*.

Y el más viejo:

—Lo mejor es *dir* a dar con Don Manuelito; no se diga...

Más grave aún:

—¿Qué se diría?...

Los viejos repasan en la memoria los preceptos *del costumbre*, el código tradicional. ¿Se ha dado este caso?... No se ha dado. Ningún amo ha negado el agua a los pobres...

Verdad es que los amos siempre han estado de acuerdo y los pobres no se han visto nunca en esta confusión. Otros han pensado por ellos, y ahora, que han de pensar por sí mismos, no saben hacerlo, naturalmente.

—Don Manuelito *tié* un *genial mu* raro—apunta *Cho Tomás*, que ve venir el chubasco.

—No *sos* va a comer—dice el señor Pedro, eludiendo hábilmente la designación, que su puesto de alcalde de barrio hace comprometedor—. La carta vino *pa* *usté*.

—Y *pa* *toos*.

—*Pa* *usté*.

—Y *toos* no vamos a *dir* a La Oliva.

—Lo primero es el agua; llenar los aljibes *por un si es caso*.

—Eso; y *endispués*, la visita.

—No *pué sé*. La visita es mañana. En la carta dice el domingo.

—Pero no dice cuál. Y domingos son *toos* los del año.

—Los hombres que son hombres—sentencia gravemente el más viejo—, cumplen como los hombres.

Y ya está dicho todo. ¿A qué hablar más? Los viejos han *alegado* en su plática cuanto tenían que alegar. El silencio es la aprobación tácita. El que no está conforme, habla.

VII

EL «VELORIO»

El pueblecillo está envuelto en sombras. Sólo en la playa la débil luz de las estrellas, que hace cabrillear las aguas, recorta los elegantes perfiles de las barcas. Lo demás es una masa oscura.

En la casa de *Cho José* se celebra *el velorio*. Como en Tostón y en los otros pueblecillos de la costa de Fuerteventura, en Corralejos cada casa tiene una habitación reservada para el huésped.

Esta habitación es el *sancta sanctorum*. Ellos podrán dormir todo el año sobre colchones de paja en los mismos aposentos donde se come y se vive: pero el cuarto del huésped se respetará, salvo caso de enfermedad, o cuando nace algún chico y tiene lugar *el velorio*.

El velorio es una fiesta. A ella acuden las mozas con los trapitos de cristianar, las casadas, los mozos y los chiquillos. Las noches de *velorio*, las amplias alcobas son insuficientes.

Las mujeres se sientan en las sillas, los hombres se apretujan en el suelo, y los chiquillos corren culebreando y arrastrándose de grupo en grupo.

Se juega a los naipes con almendras, al *envite* o a la *banca*; la familia se solaza con el *anillito* o las *prendas*, y los hombres graves discuten los incidentes de la pesca o hacen augurios sobre el tiempo.

El humo se corta. Son veinte o treinta *cachimb*as las que, a porfía con los quinqués de petróleo, enrarecen la atmósfera, cargada por la respiración de tantas gentes reunidas en un espacio reducido y sin otro hueco al exterior que la puerta.

La *velada* recibe en su cama monumental, con el *chiquillo* al lado, a toda esta gente. Inmediatamente después del parto empieza el *velorio*, que no cesa hasta que se bautiza la criatura.

Es el *costumbre*, el rito sagrado. Se ha hecho y se seguirá haciendo; porque si se duerme la madre sin luz y sin compañía, no estando el niño bautizado, vienen las brujas y se lo llevan para sus *maloficios*.

Como en todos los *velorios*, esta noche, que es la *última*, se ha improvisado un baile, y se ven recostarse en el cuadrado dorado de la puerta las parejas enlazadas, al compás del *timple* y del acordeón, o sueltas, en la danza ritual de las *folias*.

Los mozos forasteros, que han acudido desde tres o cuatro leguas, esperan paseando ante la puerta, desgarrados y tímidos, a que se les dé el *terrero*: el permiso para bailar.

Son altos, fuertes, y en las fajas les abultan los culatines de los revólveres y los mangos de los cuchillos, como atributos de majeza; pero estos *magos* de tierras adentro tienen un gran respeto a los pescadores, provocativos y burlones, cuyas pesadas chanzas han sufrido muchas veces.

Menos mal que los viejos no han acudido al *velorio*... Ellos son los que preparan esas bromas feroces, que mantienen encendido el sagrado fuego tradicional del odio entre las gentes de tierra y las gentes de mar.

VIII

UNA MISIÓN DIPLOMÁTICA

Cho Tomás ha hecho alto en varias *lojas* para fortalecer el ánimo, y lleva terciado en la cintura, como una pistola, el tarro chato de caña, junto al cuchillo, que ningún pescador deja olvidado en casa. Por ser visita de cumplido, el cuchillo es de lujo, con un mango primoroso de Guía, embutido en plata, de labores finas. Un *cuchillo canario*, que *Cho Tomás* mercó en los años lejanos de su mocedad.

Don Manuelito vive en una gran casa que ocupa un ancho espacio, con su patio soleado ceñido de arriates floridos, que son encanto de los ojos en esta austera tierra de *Mazorata* (1); corral con cuadra para las bestias y aljibe cubierto, con agua para dos o tres años: toda una riqueza...

Está sola, aislada, en su empaque señorial, del centro ciudadano que se va formando cerca de la iglesia, y del que parecen escapar y huir las vie-

(1) Mazorata, (Maxorata) nombre del antiguo reino que ocupaba el N. de Fuerteventura.

jas viviendas infanzonas, con un afán de montaraz independencia.

Don Manuelito es un hombre joven, como todos los del partido nuevo; menudo y nervioso y muy amante de su tierra.

El *partido majorero*, que así llaman al nuevo los suyos para monopolizar ese marchamo patriótico, trata de renovar la política de la isla, lo que significa, en llano lenguaje, cambiar los hombres.

Don Manuelito, que ha tomado en serio esto de la regeneración de Fuerteventura, pone todo su entusiasmo al servicio de *la causa*, y, en consecuencia, exige que los votos de Corralejos se distribuyan entre los dos partidos.

Su tesis es sencilla. ¿Qué necesitan los pueblos para vivir?... Tierra y agua. Pues si los otros son los señores de la tierra, él es el amo del agua. ¡A partir!

Pero *Cho Tomás* sabe que los otros no querrán partir. El censo ha sido siempre suyo. Si les conviene, dejarán unos votos por el buen parecer; pero partir, lo que se dice partir...

—Ya sabe *su mercé* que ellos son los que reparten. Y el que parte y reparte...

—Pues, lo que es esta vez—afirma solemnemente el adalid de la causa majorera—, no será. Yo no cobro ningún censo por mi pozo. Libremente habéis hecho uso de él, con mi autorización y sin limitaciones. Está en mis terrenos—porque *el jable*,

amarillento y estéril, es terreno—y ha sido abierto por mis antepasados... Mucho sentiré tener que hacer respetar mis derechos, pero lo haré. Es llegada la hora de libertar a mi país, y no debo ni puedo vacilar.

—Es que ellos son los amos de la tierra...

—¡Como yo del agua!... Y si llego a estos extremos, es por vosotros mismos, por vuestra dignificación y vuestra independencia.

Y *Cho Tomás*, en su respuesta, formula todo un tratado de filosofía práctica:

—*Su mercé sabe todo eso mucho mejón que yo; pero, como de toas maneras no vamos a salí de probes...*

IX

EL POZO, EN GUARDERÍA

Don Manuelito ha puesto al pozo un guarda, cuya autoridad robustecen una escopeta y dos feroces *bardinos*, majoreros de pura raza.

No ha sido demasiado severo: da el agua para la casa, pero medida, contada... Son los animales los amenazados. Y los que quieren más agua, han de ir a La Oliva, a comprometerse solemnemente a votar con el partido nuevo.

Señor Pedro, que tiene muchos animales, ha ido, después de avistarse secretamente con los amos de la tierra, que le han concedido su *placet*; sus hijos también y sus parientes... y como les sobra el agua, van tratando y comprando, *como desperdicios*, las reses que forman la riqueza de los pobres en Fuerteventura: la cabra que da el queso del año, y los machos castrados, y el camello, el animal de labor y de carga que soporta las interminables jornadas por los largos caminos.

El resto, la mayoría del pueblo, que son únicamente pescadores, se han trasladado al Islote de Lobos, al amparo de los aljibes del Faro, que amenguan rápidamente.

X

LA SED DE FUERTEVENTURA NO ES SÓLO DE AGUA

Este año no ha apuntado la hierba, y la simiente, socarrada en el suelo abrasado, se reseca y pudre.

Los camellos machos no han sentido despertarse sus instintos en este invierno seco y duro: esos afanes de lucha que otros años hacen resonar los ecos de campos y playas con sus *bramidos*... Efecto del pasto jugoso y tierno en los animales, que los pone furiosos, perdida la doma y el respeto al hombre, con una frenética embriaguez de amor y de muerte.

Algunas mañanas, unos grandes nubarrones sombríos corren, empujados por el viento, desde *la Bocaina*; se extienden por Lanzarote y avanzan por el cielo, cubriéndolo con un cortinón gris.

Sopla el noroeste... El aspecto del tiempo, las nubes, todos los síntomas son favorables. Los hombres esperan la lluvia; y como los hombres, las tierras, abiertas en grietas de fiebre; las plantas, atormentadas por las abrasadoras caricias del sol, y los

animales, que alzan la cabeza, melancólicamente humillada, aspirando ansiosos la humedad de la atmósfera.

Toda la esperanza de Fuerteventura en este año de sequía está pendiente de ese cielo, cubierto de nubes sombrías, henchidas como ubres fecundas...

Pero no llueve. Las nubes se adelgazan, laminadas por el sol, que las va absorbiendo y deshaciendo, y el viento las hace huir hacia el mar, dispersas...

Y vuelven los días de cielo azul, en los que el sol, implacable, calcina la tierra, y las hierbas cubren el suelo de una pelusa gris y los animales se alinean en largas filas tras los hombres, buscando su amparo.

La colonia de pescadores hace su vida habitual en el Puertito. Pesca, *jarea* el pescado al atardecer, y vive dejando deslizarse las horas con su fatalismo meridional.

Este día, comadre Cecilia rememora ante un grupo de mozos los años felices en que Dios mandaba agua a Fuerteventura.

Los años de copiosas cosechas, que llenaban las arcas de cebada prieta y granada como trigo, que los molinos no daban abasto para moler, y largas hileras de camellos conducían por las carreteras polvorientas a Puerto de Cabras, a Tostón, a Gran Tarajal...

Para comprar el tabaco y el ron del mes se llevaba una saca de cebada; para *mercar* un traje, las mozas conducían un burro cargado; regalaban los señores fanegas y fanegas, y *las lojas* eran como un barranco, los días de pago; que así caía de los sacos el grano y formaba en el suelo montones que tocaban al techo.

— ¡Buenos años! — murmuran los mozos, estremecidos por la sensualidad de estas riquezas—, ¡buenos años!...

Y la charla de la vieja sigue explicando cómo el grano que donó la tierra generosa y fingía colinas en las eras y mares de suaves olas doradas en los campos, lo absorbió la logrería, lo perdió la imprevisión, y el agio lo acumuló en sus arcas sin fondo, como si un abismo se hubiese tragado todo ese pan que amasaron los rayos del sol y el agua de Dios en las tierras majoreras...

Todos los días, en las barcas, salen de Corrales reses amontonadas.

Van a Puerto de Cabras y de allí a las otras Islas Afortunadas a labrar los campos, por donde corren, cantando y jugando con las piedrecillas de sus lechos, los limpios regatos... Se dice que Señor Pedro ha ganado más de ochocientos pesos...

XI

EL CARNAVAL DE LA DEMOCRACIA

Las elecciones de este año caen, simbólicamente, en Carnaval. Los siervos se disfrazan de hombres libres para otorgar un voto que les impone el estigma de su servidumbre.

La grotesca parodia electoral de ciertos pueblos debía coincidir siempre con este alegre Domingo de Antruejo. ¡Saturnalia!... Los esclavos se visten de señores...

Funciona el colegio electoral de Villaverde en la capilla de la sacristía de San Vicente Ferrer. No sé por qué motivos ha florecido en las yermas tierras de Maxorata esta devoción al santo valenciano; al patrón de las otras tierras dichas donde el agua ríe y canta en las acequias su canción de vida. Misteriosos afanes revela este trasplante devoto.

La política, que no respeta nada, ha instalado los trucos de sus prestidigitaciones sobre los grandes arcones de esta sacristía; la mesa, la documentación y el cubilete: la urna, representada por un

frasco vacío de pastillas inglesas de limón, que tiene grabado en el vidrio el nombre del fabricante.

La elección se hace muy democráticamente. Los hombres entran, votan, salen... Los de la mesa echan cigarro tras cigarro... El *partido majorero* tiene sus interventores—¿cómo no?—, que velan por la pureza del sufragio...

XII

CAMINO DE LA OLIVA

Por la mañanita sale de Corralejos una pintoresca caravana camino de La Oliva. Son el señor Pedro y sus gentes: más de la mitad del censo de la aldehuela, que van a votar por la causa de la independencia majorera.

Triunfar, no esperan triunfar los del partido nuevo; pero tendrán una votación nutrida, "que expondrá con la más elocuente y rotunda de las exposiciones—la que representan esos votos—, el noble afán de liberación de la isla de Fuerteventura".

Este párrafo es de Don Manuelito, que ha llegado a Corralejos con el alba, encaramado en su camello macho, con silla a la inglesa, para despedir a Señor Pedro y a sus hombres. El queda en Corralejos, procurando catequizar a los reacios: cazurros que esperan el último instante para cotizar sus votos, o pobres diablos a los que una docena de pesos puede deslumbrar.

Va, viene, bebe, se exalta... Y en la arena de la playa las huellas de sus botas se multiplican prodigiosamente...

Entretanto, la caravana sigue el camino de La Oliva...

El camino de La Oliva, como todos los caminos, es en los comienzos delicioso y fácil.

Corralejos está hundido en una hondonada, y la vereda, porque vereda es en sus principios el camino, serpentea entre una serie de lomas, que van ascendiendo suavemente.

En la mañana de febrero, luminosa y fresca, el paisaje tiene esas tonalidades de las marinas que fingen nácares en las nubes y claros celestes que transparentan los fondos de las aguas. Mañana de acuarela, sin bruscos contrastes de luz, saturada de dulzura y de calma.

Pedazos de *jable*, erizados de hierbas marinas, dan falsas promesas de fecundidad, como el estrecho de agua salada que se desliza, aún dormido, entre la Isla de Lobos y la costa, ofrece una engañosa apariencia de río.

Calma, quietud, canciones... Los camellos vagan cachazudamente por los arenales, sin dueños ni atalajes; alguna *andoriña* pía y salta de acá para allá... Todo el paisaje embustero ríe en la mañana clara...

Hay primero una vuelta y después otra. El río desaparece tras un cerrillo de negras escorias, y en-

tre el cerrillo y la Isla de Lobos queda un abismo de distancia colmado de aire azul.

El paisaje se transforma, y el camino sube y baja por unos cerros de lavas negras y atormentadas, que ponen sus vendas de piedra ante los ojos: el *malpaís*.

El cielo toma un tinte de añil. Aún vagan nubes de amanecer, rosadas y color de oro; pero muy lejos...; la tierra, seca y dura, refleja su ocres, sus negros y sus rojos encandecidos: colores sombríos que fatigan... El sol empieza a hundir sus rayos en estos valles agrestes.

Cabalgan en asnos, y las duras pezuñas hacen rodar las piedras. La arena quedó atrás, y en la unión de los caminos se les agrupan nuevos caminantes que vienen de Las Rosas, un nombre de flor que parece una ironía.

Aquí, en esta bifurcación del camino que se divide—uno hacia Tostón y otro hacia La Oliva—, dos largas murallas de piedra seca cortan el paso, separadas a distancias variables.

Instintivamente, el caminante trata de sorprender por encima de los cercados qué guardan estas murallas de piedras secas, más altas que un hombre, unidas sin mezcla, con la labor paciente de los pueblos primitivos, y prolongadas así frente a frente, ceñudas y herméticas, sin puertas ni brechas, tres o cuatro leguas.

No guardan nada, nada. Piedras sueltas, una

cabra que roe no se sabe qué; soledad y silencio...

Aquí quiebra el tópico que hace polvorientas todas las carreteras. ¡Polvo! El polvo lo produce la tierra molida por los ferrados cascos de las bestias y las llantas de los carros. ¡Tierra! Para ellos la quisieran esos *bobos* que crecen pegados a las cercas; esos espinos de coior de herrumbre; esas plantas nacidas en la oquedad de las rocas que fingen llamas de hojas en lámparas de piedra; esos *cardones*, flacos como el brazo de un mendigo que mostrara los dedos amputados y tumefactos.

¡Tierra! Fiesta de gala sería...

Es tremenda esta esterilidad, este abandono, esta desolación. El río azul del cielo brilla con un brillo cegador; sobre el suelo, las chispas rebotan; la boca arde; el sudor brota a chorros, y los animales andan pausadamente, con enorme esfuerzo.

Ni un soplo de viento llega a esta angostura del camino, donde todo lo ha socarrado y consumido el sol; hasta las montañas son rojizas, como tomadas de orín, y otras enverdecidas, con unos raros verdes y rojos metálicos, como si hubiesen sido vaciadas al fuego en una de esas *calderas* que fueron cráteres.

Y así sigue el camino, hasta que a lo lejos empiezan a multiplicarse las cercas en torno a las casas, siempre en el mismo tono de lava uniforme.

Es Villaverde, el pueblecillo que es como un barrio de La Oliva. Villaverde, con sus casas en rui-

nas, sin techo, abandonadas a medio construir, que rememoran otros tiempos felices en que la emigración no despoblaba a Fuerteventura, y parece un pueblo encantado condenado al silencio, como una viuda que guardara eterno luto por el amado que partió.

A la entrada de Villaverde viven tres doncellas, muy bellas las tres, y las tres son mudas.

XIII

MANIOBRA ELECTORAL

Señor Pedro y sus gentes han llegado por la mañana y se han marchado después de votar, para atender al negocio. *La loja* en este día no puede encomendarse a las mujeres.

Y se ha marchado saludado, atendido y mimado por los jefes del partido nuevo, que se huelgan de esta puntualidad.

Al anochecer vuelven de Villaverde *Cho Tomás* y los suyos: la colonia recalcitrante de la Isla de Lobos; diez y siete votos que llegan a pie, despeados por las siete leguas de marcha, pero cantando y lanzando cohetes y vivas atronadores.

Ha triunfado el partido viejo, como se esperaba; pero lo que no podía esperar Don Manuelito, en su hidalga confianza, es la perfidia con que ha sido burlado y escarnecido.

El *partido majorero* no ha logrado en Corralejos ¡ni un voto!... Los aljibes del señor Pedro, esas

arcas donde se concentran las riquezas de Fuerteventura, rezuman el agua de que están repletos, y a sus animales no los matará la sed. Y el señor Pedro ve segura en su mano la Alcaldía del barrio, sostenido en ella por el partido viejo, que sabe recompensar los servicios.

XIV

SUR . . .

Tiempo del Sur que arrastra sobre el mar la arena colorada del desierto y la deja en suspensión en el espacio de esta noche bochornosa.

El filo de la hoz de la luna se embota en la niebla, y su luz adquiere el tono púrpura de un extraño paisaje estelar.

Arden aquí y allá las hogueras y los hachones de petróleo, y el humo se eleva en el aire inmóvil con una apariencia ritual. Las casas arrojan a la playa, por las anchas ventanas, raudales de luz, y las rondas de mozos, que pasan alternativamente de las sombras a la claridad, recortan siluetas monstruosas.

La fiesta ha llegado a ese período de la embriaguez en que los hombres beben en silencio, y el alcohol cae en los estómagos acumulando estratos de barbarie. Han pasado todas las facces preliminares, y sólo queda el ansia de apagar el fuego que les socarña las entrañas.

Entre los viejos se suceden raras ocurrencias de una bestial ingeniosidad. Y las rondas de mozos

inician sus asaltos a los hornos, burlando la vigilancia de las amas de casa, que preparan las viandas de estos días de hartura: los pollos de *pardelas* fritos en su propia grasa, los machos asados con *mojo* picón, algún lechoncillo cebado con los restos del pescado, y el pan de trigo de la tierra, que es un lujo extraordinario.

Pálido, nervioso, violento, Don Manuelito perora en las *lojas*, desahogando la cólera y el ron, en una oratoria en que se mezclan los párrafos de un exaltado lirismo patriótico con las imprecaciones y las amenazas.

¡Se acordarán de él en Corralejos! Esto no puede quedar así. Los hombres que hacen traición a los sagrados ideales de la patria, son peores que los perros, y como perros hidrófobos deben morir de sed... De sed de idealidad y de justicia, y de sed de agua...

El es un amo, y puesto que quieren amos que los gobiernen a latigazos, amo ha de ser él, y de los duros.

—Sur, buen viento... Sur, que seca los campos y agrieta la tierra... Ahora van a ver lo que vale el agua... El agua que yo os hubiera dado generosamente. El agua lustral de vuestra servidumbre...

Los varones prudentes se han apartado de este

hombre comprometedor; pero los mozos y los parásitos que beben a su costa escuchan estas inflamadas prédicas del ron, que exalta hasta el delirio al paladin del partido nuevo.

En el grupo de mozos han formulado protestas varias voces sordas, y alguna mano se ha dirigido maquinalmente al mango del cuchillo.

—¡Sed, sed!—grita Don Manuelito exasperado y casi epiléptico—. Sed de independencia y de libertad...; sed sagrada que despierte en vosotros el dolor de vuestro envilecimiento...

Y deposita solemnemente la copa en el mostrador de estaño, como una cratera votiva en el ara de la patria.

Los parásitos aprueban socarronamente y apuran las suyas, procurando apagar la otra sed que es en ellos eterna. El *lojero* multiplica las cruces, las rayas y los ceros de la cuenta. Y en torno se arremolinan en espesas nubes las moscas *piconas* que sobreviven en este invierno sin lluvias y se agarran a la piel hasta sacar sangre.

Sur... Por el pueblecillo rondan los animales en la noche y merodean, buscando ansiosamente las mondaduras de las frutas traídas de *l'Arrecifa*, para aliviar la sed... Los cuellos serpentinos de los camellos padres, que en esta época de *la brama* se elevaban otros años clementes con un gesto fan-

farrón de desafío, persiguiendo al hombre por los arenales, se inclinan humildemente bajo la pesadumbre de la calina cargada de polvo, que se va espesando y pone en torno a las luces halos rojizos.

XV

LA BRAMA

Sólo un camello siente el furor de *la brama*: *Lucero*, el macho de viaje de Don Manuelito, alimentado con los pastos frescos de sus tierras de Jandía: con la alfalfa de esos campos donde los molinos de hierro multiplican las cruces de sus aspas, colmando los sembrados de bendiciones.

La guata de la bruma polvorienta asordina el poderoso grito. Han encerrado a la bestia en un corral, y sobre los bardales, su cabeza, erguida y desafiante, aspira fuertemente las emanaciones de sus rivales; en el hocico se le hincha, pomposa, la lívida *vejiga*, como un ópalo a la luz de la luna; la recoge gorgoteando y la vuelve a inflar...

Está furioso, con esa cólera terrible de los animales mansos cuando pierden la doma, y recorre el corral a grandes zancadas, aspira el aire y hace resonar su clarín de desafío una y otra vez.

De pronto, se para y escucha; en sus ojos se enciende, como una llama fugitiva, un destello de astuta inteligencia. Alguien ha abierto la puerta del corral.

XVI

DON MANUELITO

Los parásitos y las rondas de mozos se han reunido en la *loja* de señor Pedro, que ha organizado un baile, atraídos por el concertado tañir del *timple* y la guitarra.

Las otras *lojas* se han cerrado, y Don Manuelito prefiere pasear solo por la ancha playa a pedir hospitalidad al hombre que ha traicionado la sagrada causa de la independencia mayorera.

El mar lanza sobre la tierra su vaho inmenso saturado de perfumes marinos: su hálito cargado de yodo, con un ligero sabor a ovas y a fango, que saborean los labios como un grueso marisco; y el hombre de tierra adentro siente hinchársele el pecho de este aliento del mar, como si una gran onda rumorosa lo invadiera.

Las olas son negras y pesadas en esta noche de calma y de Sur; pero la luna da suficiente claridad para adivinar las aplicaciones de la espuma sobre las arenas de la playa. El mar, ese Hércules, teje

sus encajes como en la leyenda de Onfalia. Y en esta noche de las Hespérides, el bachiller le halla a esta cita un exquisito regostillo clásico.

Don Manuelito se siente infinitamente solo e infinitamente triste, con el desconuelo de un niño abandonado en la oscuridad de esta noche tormentosa y de este pueblo hostil, y esta soledad la hacen más desamparada los retozones motivos de la musiquilla lejana, que pone a sus desdichas un comentario burlesco.

No arde ya en él esa tremenda ira que ha mantenido sus nervios en tensión toda la noche...

Quisiera huir, ocultarse, desaparecer... volver a La Oliva, a esconder su vergüenza en la gran casa solariega, que mantendrá cerrada e inaccesible, como una fortaleza, a toda piedad y a todo llamamiento: sorda y ciega. O irse lejos: a sus *gabias* de Jandia...

En la Isla de Lobos, que esculpe en la oscuridad sus densas masas, recortando en las aguas las costas dentelladas, la linterna roja del Faro arroja su haz sobre la espuma, que se tiñe de sangre... Unas gruesas nubes se amontonan en la Bocaina...

Don Manuelito otea afanosamente el horizonte, y su cólera se enciende otra vez, impetuosa y terrible.

—¿Son *gargones* de lluvia?... ¿Agua para estas gentes secas de alma?... ¿Será posible?...

Siente algo denso y pesado que se hunde en la arena... —¿Gotea?... No..

Se vuelve, y entre la niebla se dibuja enorme, abultada y deformada por los juegos de sombras y de luz, la gigantesca figura de *Lucero*.

XVII

LA PERSECUCIÓN

Don Manuelito huye. El camello, con su astucia salvaje, le ha cortado el camino hacia el pueblo, y ante él se abre el *jable*, que se prolonga leguas y leguas por la costa: la fuga imposible en que el hombre ha de sostener la carrera con la bestia.

Podría arrojarse al mar, pero es hombre de tierra y no sabe nadar; aunque corre por la arena blanda, que entorpece los pasos de la bestia, no podrá sostenerse mucho tiempo; presiente el tremendo fin que le aguarda: el brutal estrujón que aplasta un hombre contra el suelo como un escarabajo; pero lo prefiere al letal abrazo de las olas viscosas.

Todo esto es instintivo: el hombre de razón no ha influido en estas resoluciones; hombre y animal se dejan guiar por sus instintos...

Lucero es un animal de la casa, que se ha criado en ella y ha recibido de su mano piensos y caricias. Ha sido siempre suyo, y puede volver a recobrarlo cuando se calme su furor, con una llamada, con una voz. El mar es inmenso, indomable y frío: sin piedad...

Don Manuelito huye hacia el pozo, donde están el guarda y los dos bravos perros majoreros: los *bardinos*, que detendrán al camello con sus presas poderosas. Huye con sus piernas ágiles, sin volver la cabeza atrás. Y sobre sus huellas van los fofos pasos del animal hundiéndose como ventosas en la arena húmeda: ¡Chop, chop, chop!

La luna recorta limpiamente la silueta del hombre inclinado, con los brazos pegados en ángulo a los costados y las delgadas piernas veloces; y la otra, enorme, cargada de atalajes y de cuerdas, con la corcoba estremecida como un equipaje bamboleante; las largas patas, lanzadas a uno y otro lado, y el cuello rígido, tendido como un ariete, para descargar la hocihada que aturdirá al hombre y lo pondrá a su merced.

XVIII

LA ÓRBITA DEL POZO

El pozo destaca su negro brocal entre la arena clara, y el hombre grita, llamando al guarda y a los perros, una y otra vez:

—¡Juan!... ¡Fiel!... ¡Leal!...

¡Nadie! La fiesta ha hecho desertar al guarda, y a los perros con él. Señor Pedro tiene un ron irresistible. Y aun llegan hasta aquí los andrajos de las notas agudas del timble, que lleva la voz cantante en el melodioso acorde.

El hombre lanza el grito angustioso:

—¡Socorro!...

Y el supremo:

—¡Dios mío!...

El pueblecillo parece dormir al compás de la música alegre, que borda en aljófares sus notas saltarinas en el aire.

Los *gargones* van ocultando la faz de la luna. Es el Sur impetuoso el que llega, rugiendo como un dragón y arrastrando sus alas de polvo rojizo, que todo lo arrasan y queman... El huracán de fuego del Sáhara que abrasa los plantíos y abre en la

tierra anchas grietas de fiebre, como bocas sedientas...

Don Manuelito da vueltas y vueltas en un vértigo frenético, arrastrado por sus ansias de vivir...

La tierra gira en torno a la sombría boca de ese pozo, en cuyas pandas aguas, como en un curvo lente ahumado, se refleja la bóveda del cielo.

El Universo se ha concentrado para él en el abismo de ese pozo, cuyo brocal es la órbita que recorre sin cesar.

Todo está en él: el caos y la nada, de donde surgieron los mundos; los cielos y los mares. Es el eje de todo lo creado.

Los ideales más puros se condensan en ese brocal de piedra carcomido por el tiempo: la independencia de los pueblos y la libertad de los hombres... ¡La vida!... ¡Toda la vida, tan hermosa para los veintitrés años de Don Manuelito!...

XIX

LA TIERRA BEBE

Casi no ha sentido el golpe al caer. Y ahora contempla encima de él la bestia poderosa y el duro callo que le oprime el pecho.

Va a hablarle en su tono de amo:

—¡Lucero!... ¡Tuche... tuche!...

Pero la voz se le ahoga en la garganta al recio apretón, que hace crujir y saltar los huesos del hombre, como un pisotón aplasta el caparazón de un insecto...

Y la tierra, ávida, bebe...

ISLA DE LOBOS

(DEL LIBRO DE MEMORIAS DE UN AISLADO)

A Agustín Aguilar, gran amigo,
dedico este libro que ve
la luz gracias a él

I

LA LLEGADA AL ISLOTE

Después de tres días de navegación llegamos a una tierra fantástica: la *playa de la arena*.

A mí, que venía con el alma preparada a recibir penosas impresiones, no me causó demasiada sensación. Ciertas almas caritativas nos habían compadecido tanto, que estaba dispuesto a no espantarme por nada; pero hay que convenir en que el paisaje era como para volverse al barco otra vez.

La *playa de arena* no tiene de arena más que la ligera faja que hañan las olas. Y bajo las olas las rompientes muestran sus agudas puntas entre una especie de limo verde sucio, moteado por los erizos, que parecen, entre el temblor inquieto de las aguas, prendidos de dalias en los huecos sombríos en que viven.

La continuación de la playa entre las rocas es un pasadizo estrecho entre dos abismos. Por él trepé con María del brazo, y llegamos a lo alto no sé cómo, subiendo por el áspero sendero.

Una especie de valle encerrado entre montañas

y todo él verde, nos causó gran alegría. Por entonces no sabíamos lo que era una *tabaiba*, y se nos figuraba aquella fecundidad maravillosa. Era seguro que podríamos tener nuestra huerta... tal vez un jardín... Y ante unos *baifos* que retozaban con sus madres, hicimos un poema pastoril de esta libertad y llaneza con que los cabritillos saltaban y corrían a su antojo, sin perros ni pastores.

¡Ah, sí! Nos hacía falta un poco de alegría. Algo que nos animara en este arribo al destierro, al terrible aislamiento del que todos nos hablaban con horror, y que era para nosotros *el pan nuestro de cada día*.

Traíamos tantas esperanzas, que a pesar del tremendo cuadro de la playa, y de lo agreste del terreno, nos persuadimos de que aquello no era tan malo como nos lo habían pintado, y que allí, como en todas partes donde pudiéramos estar juntos, bastaría muy poco para sentirnos dichosos.

Y en esta creencia, y componiendo nuestra égloga, continuamos tan embebecidos nuestra charla, que no nos dimos cuenta del profundo cambio del paisaje hasta que uno de los marineros, extendiendo el brazo, nos dijo:

—Allí está el Faro.

Y en un cerrillo de escorias que se alzaba soli-

tario a la orilla del mar, negro como el lomo de un cachalote, sin un árbol ni una mata de verdura en torno, poco airoso, con su torre oscura que apenas sobresalía de la azotea, los bardales dentellados, y la lacra del horno a un lado del muro de la esplanada, se nos mostró el faro del Islote de Lobos.

II

INICIACIONES

Don Fernando, mi compañero, es viejo y bueno. Fuerte de naturaleza, pobre de espíritu y habilidoso como un salvaje.

Tiene la manía de aconsejar, y lo hace con un gran afán evangelizador para convertirme en el hombre que debo ser aquí, sometiendo mis impulsos a la necesidad.

Yo no he podido hacerlo nunca; pero su intención es tan noble, que finjo convencerme y plégame a sus consejos.

El me ha iniciado en las enseñanzas del aislamiento, aplicando a cada instante de la vida el ejemplo, viviendo la parábola.

Ya sé andar *al fallo* por las playas, mariscar en el bajo, pescar cangrejos y *fulas* en los charquillos, escoger la leña para el horno y hacer pan.

El pan logrado así con el sudor de mi frente y los esfuerzos de mis brazos, es el más sabroso que he comido nunca.

Don Fernando, que podría ser mi padre, me

habla siempre anteponiendo el don a mi nombre:

—Mire usted, Don Ramón, para pescar con *gueldera*...

Molesto por la cacofonía de esa repetición—don, don—, resonante como una campana, le pido que me apee el tratamiento.

—Lámeme usted por mi apellido...

A mis veintitrés años les asusta ese “don” tan pesado y tan respetable.

Y él, sin sonreírse—cosa rara—, me ha advertido la *necesidad* de conservar el prestigio de este *don*, para que los pescadores nos respeten.

—Aquí estamos lejos de toda autoridad y entre gente ignorante... Y si nosotros no nos hacemos respetar...

Esto me dice en tono grave, y creo que tiene razón.

III

EL PUERTITO.—LOS PESCADORES

Siguiendo el curso de mi aislamiento fuí de paseo al Puertito, recorriendo el largo camino entre barrancos, para ofrecerme a los pescadores en visita de ceremoniosa cortesía.

El paisaje, monótono y triste, se desarrolla en ondulaciones de conos de escorias y piedras enverdecidas por unas raras plantas de donde se extrae la *barrilla*, que parecen recortadas en piel.

El Puertito es un pequeño seno abrigado, con una playa de juguete y unas islas de nacimiento.

Todo el sur del Islote de Lobos es así, accidentado y pintoresco, mientras que al norte se agrupan los peñascos y se amontonan los arrecifes y los escollos, formando una barrera hostil.

La Montañeta, el volcán de donde ha salido esta isla, que no es más que una acumulación de lavas y cenizas, está allí, enhiesto, frente al Faro.

Los pescadores nos reciben cortésmente. Ellos, con un aire grave y digno; ellas, abrumándonos de atenciones, sonrisas y ofrecimientos.

El Puertito es un apeadero en la temporada

de pesca, que se ha hecho estable gracias a los aljibes del Faro. El *agüita de lluvia* mantiene la permanencia de esta colonia, que sin el tesoro de nuestros arcones de piedra tendría que atravesar todas las tardes *el río* para volver a Corralejos, lo que no siempre es posible.

Las chozas son miserables, aun más por abandono que por verdadera miseria. Los pescadores comen en el suelo el pescado seco al sol y las papas *tejereteadas*, *guisadas* con agua y sal, con el *gofio* (1) por pan y un *mojo* picante que les ayuda a pasar *el conducto*. Y duermen desnudos, entre los aparejos de pesca, *el engodo*, y las ropas empapadas de agua del mar.

Son pobres, muy pobres. Demasiado pobres para que sean buenos.

(1) Grano de cebada tostado y molido.

IV

ÑA BASILIA

Me molestan los misterios, y en estos pescadores todo es misterioso.

Acabo de tomar una mujer para que nos lave la ropa. Es una vieja alta, seca, greñuda, y toda tapada para librar del sol las asperezas de la carne... El sombrero de paja en la cabeza; un pañuelo negro sobre el rostro, que le da un lejano parentesco con los tuaregs que recorren el desierto allá enfrente; en las manos gruesos mitones de trapo, y las piernas y los pies descalzos saliendo de un recio refajo de hayeta, acartonado por el salitre.

Así, sin los mitones, *todo eso* lava como puede en esta *agüita de lluvia* de los aljibes del Faro, que es una golosina para la miseria de estos pescadores.

A los que no acabo de entender... Me han preguntado—siempre con su aire misterioso—si tomo a Ña Basilia p'al lavado... He dicho que sí... Y han movido la cabeza gravemente, y se han fumado dos, tres cuatro *cachimbas* del virginio, sin decir una palabra.

Ellas han sido más explícitas. Ña Basilia es bruja. Hace *maloficio* y las que la dañan tienen que sentir.

A comadre Juana se le murió la cabra buena. A compadre Tomás le enfermó el carnello y la *majalula* y se los curó después con una *toma* por la que le llevó dos pesos. Y a su comadre Ramona se le secaron los pechos y no pudo criar...

Bueno... Tendremos una bruja en casa. Si con todas sus hechicerías nos llegara a dejar la ropa blanca...

V

EL COMPAÑERO SE VA

Don Fernando, que ha vivido conmigo trece meses, ha sido trasladado. Es un hombre de bien, de carácter dulce y tímido.

Trece meses pasados en este aislamiento tienden de corazón a corazón muchos hilos, que cuando un violento tirón trata de romperlos hacen sufrir un gran dolor.

Días de charlas, consejos, enseñanzas... Lo abracé al marchar como a un padre...

Y ahora nos queda una inquietud: ¿Quién vendrá?... He aquí la pregunta que nos hacemos a todas horas. Están aquí las vidas tan enlazadas...

Lo que en la ciudad es falta, aquí es ofensa. Es necesario que las familias se entiendan y que se socorran en caso de apuro; que se soporten las alternativas del humor, que se estimen y se quieran... ¿Quién vendrá?

VI

EL NUEVO COMPAÑERO

Mi nuevo compañero es un tipo de gran ciudad. Madrileño, con el madrileñismo convencional de los autores de sainetes, tiene esa gracia y esa manera socarrona de *dejarse caer*, que envuelve en guata la punta del chiste, para que no lastime.

Su mujer es insignificante y buena, con una bondad compuesta de dejadez e inocencia. Tienen cuatro niños, y el más pequeñín, de dos años, enfermito de una enfermedad que no tiene cura. Me lo ha dicho el padre.

¿Cómo se puede admitir así, con esta pasividad, una desgracia tan grande?...

El niño tiene un vago color de tierra, pero juega con los otros y no parece triste. Lo que más pena causa es su sonrisa, que le hace mostrar los dientes. Esta sonrisa me produce verdadero malestar.

VII

LA MUERTE DE UN NIÑO

Anteayer, en el Faro, ha muerto el niño.

Fué una cosa inesperada y tremenda, en su sencillez. Estábamos su padre y yo arreglando el horno para evitar que se le escapase el calor, y mientras colocábamos gruesas lechadas de cal sobre las grietas, charlábamos acerca de los múltiples oficios que el torrero tiene que desempeñar.

—Esta mañana—decía él—fuimos vidrieros. Ahora panaderos y albañiles. Mañana, tal vez dentro de un rato, tendremos que desempeñar algún nuevo oficio...

En este momento oímos gritos y su mujer nos llamó desde la puerta del Faro:

—¡Juanito!... ¡Juanito!...

No la entendimos bien; ya cerca comprendimos: ¡Juanito ha muerto!

Me sentí trastornado y quise serenarme a fuerza de actividad. Me vestí; aseguré al padre que yo me encargaba de todo... En realidad no sabía qué hacer, y me habría visto muy apurado si me hubiesen preguntado lo que pensaba en aquel momento.

Transcurrió una hora y tuve que encender el horno y cocer el pan. Luego vinieron los pescadores y surgió una dificultad enorme: la caja.

A Corralejos no se podía ir por el mal tiempo, duro para remontar *el río*; yo no sé nada de carpintería, ni los pescadores tampoco: había que hacerla aquí a la fuerza.

Eran las cinco cuando el padre, *el mismo padre del niño*, y yo, desarmamos unos cajones y empezamos la tarea... A las siete se encendió el Faro y seguimos trabajando. Ni él ni yo teníamos los más elementales conocimientos del oficio. Trabajábamos como podíamos, y la caja se iba formando poco a poco. Nos equivocábamos, volvíamos a empezar, enmendábamos...

Así pasaron las ocho, las nueve, las diez... De vez en cuando mirábamos el Faro o subíamos a la torre si advertíamos alguna novedad, y volvíamos a la faena. Los pescadores nos acompañaban fumando en sus pipas o cabeceando suavemente adormecidos.

A la una la caja estaba casi terminada. Entonces mi compañero levantó la cabeza, me miró fijamente con sus ojos hinchados por las lágrimas vertidas silenciosamente en esta larga noche, y dijo:

—Don Ramón, cuando hablábamos esta mañana de los oficios de la vida aislada, no pensábamos en éste...

En la madrugada la cajita de madera descendía por el camino del Faro a hombros de los pescadores. Los despedí abajo: el deber me obligaba a quedarme, y ya desde arriba vi la blanca cajita subir por el camino, perderse en un recodo, volver, y desaparecer definitivamente en la oscuridad.

En el mar, hacia Levante, empezó a extenderse una débil claridad. Dentro, en el Faro, se oían llantos, gritos, exclamaciones, ayes... Sentí frío y me crucé el abrigo sobre el pecho y seguí contemplando la lejanía. Después subí a la torre y esperé el amanecer.

Cuando pude ver las costas claramente, apagué y empecé la limpieza. De vez en cuando miraba hacia Corralejos... Por fin, ya de día, un bote a toda vela dobló *La Montañeta*, enfiló hacia el pequeño pueblecillo, y encalló en la playa.

Entonces bajé la lámpara, la llené y seguí mis habituales tareas.

Un nuevo día empezaba, y había que tenerlo todo dispuesto para el alumbrado de la noche.

El Faro había señalado, como siempre, el bajo, y no había ningún incidente en el servicio. Abrí, pues, el libro y escribí: "*Sin novedad.*" Y el padre del niño muerto lo escribió también.

VIII

EL COSTUMBRE

Hay muchas maneras de pobreza, y la de estos pescadores es más moral que material.

Un Código inflexible de leyes primitivas—la costumbre, que ellos llaman *el costumbre*—rige sus vidas, y se someten sin protesta a ellas con una mansedumbre de bestias domadas.

La tierra de Corralejos, el pueblecillo en que viven, es de un amo; el agua del único pozo salobre, de otro. Y se suceden terribles conflictos por estas servidumbres, cuando los amos se enfrentan en épocas de elecciones.

El ancho mar, libre e indómito, no ha entrado en ellos. Este islote se alquila en quince duros, ¡al año!, para aprovechar los pastos, la leña y la cosecha de pardelas. Podrían ser libres en esta tierra y prefieren ser vasallos en la otra.

IX

LAS BRUJERÍAS DE ÑA BASILIA

Como toda magia, la de Ña Basilia tenía su truco, que yo he descubierto esta mañana.

Y en el momento de marchar le he abierto el corpiño de un tirón y he expuesto a la luz la harina de flor que me había robado. Y la he puesto en la calle sin querer oír sus insultos ni sus amenazas.

Que deben ser cosa terrible, según estas gentes. No hacen largos discursos, pero dejan entrever en sus palabras, mezcladas con las espesas bocanadas de las pipas, que el caso es grave y merece pensarse.

Por de pronto, la venganza de la bruja toma un prosaico carácter campesino: un pleito. Me reclama unos honorarios que no le debo. Y he de ir a La Oliva a presentar mis descargos al juez.

Todos saben que le he pagado a la Basilia antes de despedirla; pero ninguno se atreve a servirme de testigo.

El Juez me ha aconsejado que pague, para li-

brarme de una serie de nuevas demandas. Creo que procede con la mejor buena fe. Es un hombre franco y poco ceremonioso, y su nombre lo pronuncian los pescadores con un gran respeto.

Culto y bien educado, se siente desterrado en este pueblo grande, que es el suyo, y añora sus años de estudiante en Madrid, con una melancolía contagiosa. Oyéndole me he sentido más aislado.

El juicio me ha costado unas pesetas, pero lo que me irrita es que esta gente no cree que la cosa quede así. Que debo prevenirme y hacerme *santiguar*, *por un si es caso*, como ellos dicen. Me he dejado saquear, ¡y aún!...

Aún... queda el *maloficio*.

X

AÑO NUEVO. VIDA VIEJA

Para felicitarme en el comienzo del nuevo año, se han presentado en el Faro los tres hijos de Ño Matías, el arrendatario del islote.

Saludaron y se sentaron. Se habló de la pesca; tomaron—casi a viva fuerza—unas copas de caña, y terminado el tema ordinario nos quedamos un ratito callados, mirándonos todos muy serios.

La cosa amenazaba prolongarse largo rato, e inicié un nuevo tema de conversación: las cabras. Y en el curso de la charla dejé escapar, lo que me sucede a menudo, una gravísima *hercía*:

—Oiga, Rufino, ¿querrá usted creer que me ha dicho Martina que si se derrama la leche de una cabra en el suelo, se le cubre de granos toda la ubre?

RUFINO (Muy serio).—Y así es, Don Ramón. Yo.—¿Cómo?

RUFINO (Más serio aun).—Sí, señor; haga usted la prueba y verá. Si por cualquiera motivo cae la leche al suelo, la cabra cría granos. Eso se ha visto siempre.

Yo.—¡Pero, Rufino!, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra? ¡Cuántas veces se cae la leche al hervirla, y no le ha pasado nada a la cabra!

RUFINO.—Sería por eso, Don Ramón. Sería porque no era cruda.

Y no hay manera de convencerlo.

Con la caña la conversación se reanima, y de unas cosas en otras se habla de las brujas: otro tema eterno. Y nuevas *herejías* mías provocan nuevas afirmaciones, más secas y rotundas, de Rufino.

—Usted no lo creerá, Don Ramón; pero lo que le digo es como la misa. A mi madre se le *arretiró* la leche, porque bebieron en el vaso *endispués* de ella, con *maldá*, y no le volvió hasta que una bruja le preparó ciertas cosas y le dijo ciertas oraciones a su manera; y si usted quiere saber si una mujer *sos* bruja, eche dos pesetas en la pila de la iglesia cuando ella esté, y no saldrá hasta que no quite la moneda.

—Lo creo—dice mi compañero atrapando el chiste—; esperará a que salga todo el mundo para coger las dos pesetas.

Y Rufino rectifica gravemente:

—No, señor; ella no sabe que están allí. Se echan sin que las vea.

—¿Y no se va hasta que las quitan?

—No, señor, no sale.

Inútil querer convencerlo. Todas mis obje-

nes se estrellan ante esas creencias, incrustadas en sus cerebros como un banco de ostras en las rocas de una costa. En estos mismos momentos admiro como nunca a esos misioneros que convierten a los salvajes con su divina palabra. ¡Aquí habría yo querido verlos! Tarea digna de ellos la de arrancar de la imaginación de estos hombres todos esos aguafuertes en que se confunden brujas, fantasmas, tragos, espíritus, supersticiones y leyendas. Monstruosas historias y curiosas creencias transmitidas de generación en generación, en sentencias, breves como el articulado de una ley:

“El congrio maloficia al pescador en las noches de luna”. “Pescar en noche de San Juan trae desgracia”. “El *quincho* (1) tiene señalado por Dios *un peje dario* y el mar un hombre, aparte lo que él se pueda buscar”.

Rufino me ofrece a cada observación nuevos *milagros* inexplicables, cuya autenticidad certifica. El hecho está ahí; tratad ahora de removerlo con otras palancas que no sean sobrenaturales y maravillosas...

La charla se ha convertido en controversia. Ellos se obstinan, encerrándose en la concha de sus preocupaciones, y yo procuro convencerlos a fuerza de lógica.

(1) Ave marina:

Trabajo perdido. El horizonte de estas vidas es tan estrecho, que el más allá lo han formado como otro círculo un poco más ancho y más sombrío. Lo que no es sencillo y natural, creen que ha de ser forzosamente monstruoso. No comprenden las grandes fuerzas y los grandes misterios sino en el Mal y para el Mal.

Y hacer daño debe de ser para ellos el supremo poder y la suprema grandeza.

Yo trato de exponerles, en sencillas parábolas, cómo preside una Potencia inteligente todos los fenómenos; y el viento, el sol, las nubes y la lluvia, se acuerdan armoniosamente en el concierto universal.

He dado a mis palabras toda la unción religiosa que he podido poner en ellas, para exponer con la idea de Dios, que es la más simple y pura, la mecánica del Universo. Y he perdido el tiempo lastimosamente. Ellos tienen de Dios un concepto análogo al del Gobierno, o el Rey, más concretamente. ¡Entre ellos y El hay tantas leguas de mar, de tierra y de cielo!... Un espacio sin límites que llenan las infinitas teorías de caciques, caciquillos, alcaldes, jueces, diputados... o, en el caso de Dios, duendes, brujas, estantiguas, almas en pena, diablos y ángeles, en un caos confuso de alas de pluma y alas membranosas; de brazos que protegen y brazos que amenazan.

Y en el ardor de esta controversia se desliza,

como un rayo de luz que se escapa por la rendija de una puerta, la certidumbre del daño que me espera: la venganza de Ña Basilia, *el moloficio*.

María está próxima a librar. Es mi primer hijo; y nacido en el destierro, tan lejos del ambiente en que he vivido, lo presiento infinitamente más delicado y frágil que otro niño cualquiera.

María, siempre débil, está como espiritualizada por la maternidad, con esa belleza suya de figura yacente, que parece labrada en alabastro.

El verla tan deformada y torpe, ¡ella tan exquisitamente esbelta y ágil!, me la hace más querida.

En las ojeras de color violeta, los ojos verdes parecen dos lagunas muertas; la nariz se le ha depurado al afilarse; los labios han empalidecido, y las manos se le han alargado como si quisieran abarcar mayor espacio entre sus brazos.

No hay duda: las madres son infinitamente más dichosas que los padres. *Eso*, que es sólo una sospecha para nosotros, tiene para ellas una vida desde mucho tiempo antes de que llegue a ser.

¡Y es en eso tan puro, que aún no lo ha manchado la luz, donde la bruja pretende ejercer sus artes!

XI

EL BARCO DE SERVICIO

Hoy nos hemos pasado el día siguiendo con los gemelos las velas blancas que cruzan la Bocaina. Falta el pan y el aceite, y el verano está dejando en seco los aljibes.

En el Faro se suceden las cábalas y las suposiciones, tratando de adivinar la dirección de cada buque, que una *guiñada* borra perdiéndose el barco tras de la punta del Faro de Pechiguera, o siguiendo *al largo* la costa de Lanzarote.

Y así una vez y otra vez, y así día tras día... Pocas veces llega el barco de servicio sin que lo precedan tres o cuatro buques fantasmas. Y es que con él navega nuestra inquietud, y da bordadas, y languidece en las calmas.

Pero cuando vemos ciertamente que es él, todas las inquietudes se olvidan, y hay en el Faro una ingenua alegría infantil.

¡Es tan bello y viene tan cargado de promesas!... ¡Qué importa que después resulten fallidas? el barco está ahí, y en el llegan qué sé yo cuantas noticias y novedades: las cartas de las

familias y de los amigos; los juguetes de los chicos y de los grandes, que se vuelven niños en este desamparo de los otros hombres; las golosinas, y el paquete de hojas impresas que nos confirma que más allá de esta tierra y de este mar hay gentes que piensan y que escriben.

XII

PARÁSITOS

Estos pescadores nos odian tanto como nos desprecian; mejor dicho: no nos odian más, por despreciarnos tanto.

Para ellos somos parásitos que vivimos sin trabajar al arrimo del Faro, que es un pretexto para mantenernos en la ociosidad, aunque nadie como ellos recoge el beneficio de esta luz roja que baliza el bajo en las noches de tormenta.

Yo admitiría este desdén si lo tendiesen sobre todos los parásitos sociales. Pero los he visto inclinarse ante los señores y los ricos de La Oliva con un respeto tan servil, que aun en su ausencia florece en alabanzas a tan gran caballero—tal o cual—, que recorrió como un potro indómito estas tierras atropellando honras, y me indigno.

El parasitismo para ellos no está en vivir sin trabajar, sino en la falta de fortuna que justifique la ociosidad y los vicios.

Este mío de la lectura, vicio es para ellos; y de los más nefandos, porque cuesta dinero.

XIII

UN TRASLADO

A mi compañero le han concedido el traslado. Su vida oficial se resuelve siempre así en uno de esos períodos angustiosos, que, según él, son el obligado remate de una estancia en faros aislados. Es un afán de fuga, de huída, como si los elementos del paisaje lo persiguieran como una manada de lobos.

Y María, por un sentimiento de pudor, más fuerte que todos los temores, se alegra de esta marcha, que en estos momentos de expectación nos deja a los dos solos en el islote.

XIV

NOCHE DE BELÉN EN EL FARO

En esta tormentosa noche de febrero, María ha dado a luz un niño blanco, rubio y débil como ella.

María, que tiene un gran espíritu, no quiso que yo pidiera licencia para ir a la ciudad.

—Quiero que nazca aquí—me dijo—, donde somos tan dichosos... porque lo somos. La felicidad está en nosotros mismos, y sólo de fuera puede venirnos la desgracia.

Y ahora María duerme con nuestro hijo al lado... Y yo vigilo la luz del faro que nos da el pan, la casa y, con ella, toda la dicha que representa este grupo amoroso.

Dicen que estos hijos de un gran amor se parecen al que es querido más intensamente. El amor de María es tan grande como el mío, pero debe ser menos fuerte.

XV

LA RUPTURA

Hoy ha ocurrido algo muy grave. He sido yo el culpable y estoy verdaderamente arrepentido de haberme dejado llevar de la cólera.

Estos pescadores son de una indiscreción insostenible. Encerrados en el código de sus costumbres, no comprenden la independencia de juicio con que Matía y yo rompemos con los hábitos de mis predecesores.

Ellos se asombran de mi vida entre libros y papeles, y de nuestros solitarios paseos por el islote, cogidos del brazo y siempre juntos.

Deseamos los dos concentrar la vida, sin que nos sorprenda ningún interés por las gentes de fuera, sin sentir esa angustiosa ansiedad con que los otros torrereros esperan la llegada del más nimio incidente que rompa la monotonía de su vivir.

—Es—les he dicho muchas veces—que ellos viven para fuera y nosotros para dentro.

Pero no me comprenden.

María no tiene leche para nuestro hijo. Este ha sido para ella un gran dolor. Y he procurado

consolarla, haciéndole ver cuán fácil de remediar es esta falta con la leche de nuestro pequeño rebaño: tres cabras *majoreras* que dan excelente leche, aunque en muy pequeña cantidad.

El niño se ha adaptado al biberón, y chupa en él golosamente.

Pero la madre sufre muchísimo la falta de este refinamiento maternal, y se cree menos madre por no poder alimentar a su hijo. Y la he sorprendido muchas veces oprimiéndose los senos y ofreciéndoselos al niño, que, sabiéndolos estériles, los rechaza.

Y este intenso dolor maternal es el que ha servido a los pescadores de ejemplo, para tratar de convencerme de sus agorerías.

María, según Rufino, está *maloficiada* por Ña Basilia, que le ha robado la leche, como si hubiese aplicado a sus senos los labios resecos y los dientes ennegrecidos por el tabaco.

Yo sorprendió el intenso escalofrío que recorre el cuerpo de María, como si sintiera efectivamente la piel escamosa de la vampiresa rozando la suya.

Y en una revulción irresistible de todo lo que hay en mí de hombre de mi época, rechazo estas necias supersticiones con que pretenden ligarme a esta tierra salvaje y árida, donde florecen esas plantas de maldición.

He procurado ocultar hasta ahora el despre-

cio que me causa tanta miseria moral y material, pero hoy no he podido; y mi desdén se manifiesta sin rebozo y los hiera.

Las palabras se han cruzado vivas y agudas como saetas, y uno de los hermanos de Rufino llegó a desafiarme. El respeto y la sumisión han desaparecido.

XVI

PRUEBAS

Con frecuencia en el Faro se hacen *pruebas*, ejercicios de fuerza brutal y sin gracia, no de agilidad y destreza.

Y hoy estas pruebas han tomado un carácter agresivo. El hijo de un torrero retirado, mozo alto, robusto, vestido como los pescadores y que rivaliza con ellos en aspiraciones, amores e inteligencia—recaída fatal de una raza en sus orígenes—, me invita burlón, a competir con ellos en estos ejercicios.

Como sé que no podría, acudo a la ironía, y le contesto “que hay quien nace para hombre y quien nace para camello.”

Inútil. Mi ironía resbala sobre los lisos músculos, que se destacan al esfuerzo tensos y pujantes sobre la piel tostada por el sol y se embota en la pelambreira áspera. Y ríen provocativos.

Es la eterna enemiga de los incultos a los civilizados, que en la ciudad, donde se mueven recelosos del engaño, es odio, y aquí, donde están en su elemento, desdén.

Este desdén lo he sorprendido cada vez que se manifestaba su indudable superioridad muscular sobre mí; pero hoy tiene un carácter insultante que no puedo soportar.

María, que contempla la escena, me llama insistentemente con su voz suave de mujer de ciudad, que suena tan infantilmente entre las estrepitosas carcajadas de estos bárbaros.

Yo siento en torno la atmósfera hostil, como si el aire blando que sopla de la *Bocaina* viniera cargado de espinas punzantes.

Estoy en mi casa. Los dominios del Faro han sido siempre sagrados para estas gentes, que veían en nosotros el último eslabón de la larga cadena que los mantiene en la esclavitud de su ignorancia.

Pero esa fuerza moral se ha roto esta mañana, y entre el resto de la cadena social y este eslabón suelto que soy yo, hay un ancho brazo de mar—el *río* —y tres leguas de mal camino.

María, de pie en el dintel de la puerá del Faro, está hoy más bella que nunca. La emoción de esta escena le ha puesto en las mejillas un tono rosa fuerte; las largas manos tiemblan al llamarme, como dos palomas en este cielo azul; y el sol la dora suavemente. Me ha parecido sorprender en unos ojos una mirada roja como una llama.

Afortunadamente he podido tirar de las riendas de mi voluntad, y las pasiones que se habían

despertado en mí como potros indómitos, se han rendido al esfuerzo. ¿Qué podrían mis brazos contra estos brazos? Para domar a estas fieras hace falta un látigo, algo que las asombre y espante.

Todos ellos usan para las fiestas unos revólveres de pacotilla, que hacen más ruido que daño. Es un signo de majeza y de hombría. Y creo que algunos no saben dispararlos.

Yo tengo un magnífico Smith de precisión, que fué de mi padre. Un arma de guerra, segura, con la que he hecho muy buenos impactos.

Y después de tranquilizar a María, he sacado el revólver y he vuelto a salir, sonriente, a la explanada. El gesto y las miradas de fieras en acecho con que me reciben, me dicen que esta ocasión es mucho más trascendental de lo que yo creí. Aún no se han puesto de acuerdo, pero late en ellos la intención del hecho confuso; yo lo percibo como si lo sintiera palpitar entre mis manos, y en alguna conciencia es ya un crimen.

He abierto ante el grupo la caja de los cartuchos, para hacerles ver que la provisión es abundante; y excito su ingenua curiosidad, siempre despierta, al girar el tambor a un lado, haciéndoles comprender la comodidad de este sistema para cargar y descargar el arma, e introduzco seis cartuchos en el tambor y escojo un blanco.

Casualmente encuentro uno magnífico. Sobre

el bardal de la explanada, a unos veinte metros, se alinean unas botellas que le han pedido las pescadoras a María para el marisco, y las han puesto allí a escurrir. Disparo cuatro veces y les quito el gollete a cuatro. Y antes de que se repongan busco un nuevo blanco más difícil.

Al pie del acantilado del Faro, donde rompe el mar en espumas sobre el *bajo*, vuela a ras de las olas una parda enorme, con el cuerpo en cruz y las alas inmóviles. Hay sus cuarenta metros.

Disparo y se la ve hundirse al recibir el balazo, alzarse otra vez con un esfuerzo poderoso, remontar el Faro, donde gira en hélice formando en el aire una complicada viruta de cristal, y hundirse por fin, en el abismo azul, hasta caer despeluzada y hecha un trapo en la explanada.

Y conservando en el tambor mi último tiro, recojo los cartuchos y les devuelvo sus provocaciones con una sonrisa de hombre de ciudad:

—Hay que educar el pulso...

Están domados. Los cinco latigazos de los disparos los han reducido y dominado.

XVII

DECLARACIÓN DE GUERRA

He domado a las fieras, pero aún queda al acecho el esclavo con sus marrullerías y sus astucias, con sus odios y crueldades.

Esta mañana he recibido una formal declaración de guerra. Los arrendatarios del Islote me dicen que, a partir de hoy, no podré coger leña para cocer el pan, ni tener cabras, ni cruzar el camino corto del Faro que atraviesa el Islote, ni pasear por él.

Bien. Tengo una buena provisión de cajones, sin contar los *jallos* que arroje al bajo el mar. Las cabras las mantendré a mano. Y en cuanto al camino, mi buen amigo el juez de La Oliva, con el que mantengo frecuente correspondencia, me dirá qué debo hacer.

Hoy ha venido el barco de servicio y he enviado a mis jefes una instancia solicitando mi traslado y explicándoles la situación en que me encuentro. Me es imposible marchar sin dejar quien me substituya en el Faro: la vida de muchos hombres depende de esta luz. Y María se ha negado a dejarme solo aquí.

XVIII

UN CRIMEN COBARDE

Me han matado una cabra, y al lado del cadáver han hecho una rúbrica en la tierra, como el *tótem* de un jefe de tribu.

Más que el perjuicio, me espanta la crueldad con que han asesinado a este manso animal. Es un crimen cobarde. Y revela mayor crueldad por la absoluta inocencia de la víctima, que no tiene ninguna culpa.

XIX

LOS «JALLOS».

Todas las mañanas, después de apagar el Faro, me llego hasta el bajo, que prolonga en la baja marea sus lisos lomos de rocas, mar adentro, más de doscientos metros.

Voy al *jallo*, al hallazgo de los restos que arroja la marea: trozos de madera astillada por los golpes de mar; algún mueble que arrancaron las olas de un zarpazo, o pedazos indescriptibles: palos, estays, tablazón que lanza el mar a la tierra en un vómito, como un monstruo harto.

Estos *jallos* me evitan buscar la leña en la zona reducida que pertenece al Faro; el mar es de todos, y sus presentes, del primero que los recibe. Basta colocar el *jallo* lejos de las aguas y marcarlo con unas piedras, que son señal de la mano del hombre que lo puso allí. *El* *costumbre* sagrado rodea con su *tabú* estas tomas de posesión.

Ayer tuve un buen *jallo*: un trozo de bao, enorme como el colmillo de un mamut, labrado en una prieta madera amarilla de tierras remotas.

Me costó llevarlo a tierra toda la mañana para

aprovechar la subida de la marea, que lo fué empujando suavemente hasta el pie de la montaña, y hube de hacer esfuerzos titánicos para arrastrarlo sobre el médano de enormes cantos rodados, que humedecí para que me sirvieran de deslizadores, y que me dejaron rendido.

Y he aquí que hoy, cuando he vuelto para cortarlo a trozos, no lo he encontrado. Esta noche los pescadores deben haber rondado en torno al Faro, y saltando por encima del *costumbre*, han cargado con él.

Grave, muy grave este robo, como síntoma. Para estos hombres yo no soy ya un hombre como ellos. Yo soy un proscrito que han puesto fuera de su ley.

XX

¡SOLOS!

Es un raro día de verano; las nubes cubren con anchas fajas el cielo dejando entre ellas cintas azules, y el mar se divide en dos trozos: uno, gris claro, que el sol motea de chispas brillantes, y otro más lejano y más oscuro, que se extiende hasta el límite del horizonte bajo un gran nubarrón.

Es domingo, y los pescadores se han marchado a Corralejos. Debía estar contento por este día de respiro en que puedo ir y venir a mi antojo por la isla; pero esta misma soledad, esta calma infinita que me rodea, me produce una sensación de aplanamiento.

En principio no he hecho gran caso de la prohibición de deambular por el islote, porque mi vida se desliza entre las cuatro paredes del Faro; pero esa misma prohibición parece que aviva mi deseo.

Me siento en prisiones injustas, con la cadena de este odio en torno limitándome el horizonte, y experimento impulsos furiosos de atropellarlo todo.

Me desconozco. La inquietud constante de Ma-

ría me trastorna. Este vivir en tutela ha despertado en mí las locas ansias de libertad del encadenado.

Nunca se me ha hecho más penoso el aislamiento ni he deseado tanto la compañía de esas gentes banales de la ciudad, en las que los fieros instintos y las pasiones feroces se han dormido.

Estoy solo aquí con la convicción de mi inocencia y el sentimiento de verme tan injustamente perseguido. Hay, apenas a unas leguas, un juez, un pueblo, un código... y parece que me encuentro perdido en un continente inexplorado.

¡Estamos solos, completamente solos!... Y ahora es cuando me explico el espanto de los que no comprendían cómo podríamos vivir aquí.

Martina, la lavandera, no ha vuelto, y María ha lavado hoy nuestra ropa, contenta por demostrarme que no necesitamos a nadie. Mientras lava, canta, y nuestro hijo, tendido en la explanada sobre un colchoncillo, juega con sus piecitos color de rosa.

XXI

COMO BESTIAS

He de cargar la leña, y lo que es peor, *arrastrar* estos secos troncos de *torsai*; estas *tabaibas* que he tenido que cortar semanas antes, salpicándome del jugo acre y lechoso, y estas *aulagas* punzantes.

María, siempre temerosa de un mal encuentro, me acompaña, y los dedos le chorrean sangre al arrancar las ramas. Luego ha querido subir un pequeño haz con el niño en brazos y el pecho anhelante, y una espina ha rozado la frente del niño y lo ha hecho llorar.

Yo siento la pesadumbre de todas estas menudas humillaciones. La cuesta de la montaña se alarga infinitamente ante mis pasos de cansina bestia de carga, sin fuerzas para una labor tan ruda. El señorito enclenque de ciudad, criado entre libros, se rinde al esfuerzo. Me faltan los músculos y sólo la voluntad me sostiene.

XXII

M. Á S . . .

Esta mañana, y en la laguna que se extiende al pie del Faro, han aparecido mis dos cabras ahogadas en el cieno. En torno el fango se ha cerrado, borrando las huellas de los que las han hundido en él.

No es posible que se hayan ahogado ellas mismas: su instinto las habría hecho huir a tiempo; es un nuevo crimen de estas gentes, que van estrechando el cerco de sus odios.

Aún tengo leche condensada para unos días. Después...

Nos pasamos las horas esperando el barco y oteando el horizonte, ¡con unas ansias de marchar!...

XXIII

EL NIÑO

Hoy ha amanecido, por fin, tras una noche interminable de dolor. La leche se nos acabó ayer, y mi hijo se ha pasado largas horas llorando, ¡de hambre!

Hemos procurado calmarlo con agua y azúcar; pero es grande ya—tiene cinco meses—y rechaza el biberón. Y esta mañana nos hemos contemplado María y yo ante nuestro niño, dormido en su cuna, rendido por el llanto.

No sé lo que he de hacer; pero estoy decidido a toóo antes que a pasar otra noche como ésta.

Y me he lanzado a recorrer la isla en busca de una cabra lechera, que traeré al Faro, sea como sea.

No la he encontrado y he vuelto por la tarde agotado. El niño llora incesantemente, con infinito desconsuelo. ¡Qué noche! Estoy dispuesto a ir al Puertito a implorar de las pescadoras un poco de piedad. Mi hijo no tiene la culpa. Son mujeres y madres.

¡No y no! Las he oído charlar en la playa de las Palomas desde el cantil. Han previsto que la leche se nos agotaría, y esperan mi sumisión con alborozo, y aun más la de María.

¿Por qué, Señor? María no las ha hecho nada; pero la odian más que a mí, por la finura de sus manos y la blancura de su piel. Y hacen sangrientas burlas de las grietas que le habrá abierto el lavado y de las punzadas y arañazos de las *aulagas*. ¡Con qué satisfacción habría dejado caer sobre el grupo una de estas rocas!

XXIV

ROSARIO

Era tarde y volvía al Faro retardando el momento de llegar, cuando he encontrado a una pescadora mariscando al pie de la cuesta. Es Rosario, la recién casada con Rufino, gruesa y fuerte, como recién librada, cuando las ceban en la cuarentena para aumentar la leche.

Venía reventado. Si llega a correr no habría podido alcanzarla. Es ágil como una cabra y debe correr más que yo.

Y con la voz y el ademán la he invitado a venir al Faro a hacer esta obra de misericordia de salvar a mi hijo que se muere de necesidad.

La he enseñado dos, tres, diez duros. La he suplicado, ¡y cuán humildemente!, y se ha negado. Y se ha negado reflejando en su semblante la satisfacción de esta derrota del hombre de la ciudad.

Entonces, ante este gocc salvaje, he sentido revolvérse en mí todos los fermentos ancestrales que duermen en el hombre civilizado, y, poniéndole el revólver en los ojos, la he hecho avanzar. ¡Si llega a correr, disparo!

Ha subido la cuesta del Faro lentamente, y volviendo la cara al islote a cada paso, esperando el socorro. Se ha resistido a los ruegos de María, encerrándose en un hosco silencio, y he tenido que desgarrarle el corpiño a viva fuerza, para que mi hijo mame en sus pechos, bajo la amenaza de mi revólver.

La noche de guardia se me ha hecho interminable vigilando esta bestia salvaje, que se ha negado a comer y a dormir. Mi hijo duerme con un sueño tranquilo, satisfecho, harto.

En el bajo se cruzan los hachones de los pescadores, que buscan a Rosario. La he invitado a que les hable desde el Faro para tranquilizarlos, y no me contesta. Su orgullo indómito debe sentirse herido por esta situación de rehén, y sigue encerrada en su cólera silenciosa, que debe ser terrible.

XXV

OTRO DÍA

Otro día interminable de espera atalayando el mar... Rosario no ha querido comer hoy tampoco, y contempla con ira sus senos ubérrimos, que han vuelto a llenarse. La leche, falta de alimento, no será buena; pero el niño la toma bien.

María piensa en el hijo de esta mujer que llorará en su cuna, y yo la tranquilizo con la seguridad de que no le faltará la leche como al nuestro. Tienen las cabras, y su hermana está criando también.

Es al nuestro al que debemos atender. Un sentimiento feroz se ha desarrollado en mí por el contagio con estos egoísmos. ¡Yo y los míos!

XXVI

SE SUELDA LA CADENA

Hoy, al apagar el faro, he visto embarrancar tres lanchas en el bajo. Vienen en ellas el arrendatario del Islote, sus hijos, sus nueras y sus nietos: toda la tribu.

Desde hace varios días he reunido en la torre los elementos necesarios para sostener un sitio en regla: víveres, agua, un colchón para el niño, mantas y el petróleo para mantener encendida esta luz, que no debe apagarse mientras yo viva.

El torreón es muy estrecho, apenas el espacio suficiente; pero contamos además con la azotea, de la que sobresale un par de metros. Abajo, encerrada entre las tapias del patio, se revuelve Rosario como una fiera en su jaula.

Dispongo de mi revólver y de una escopeta de caza, que María sabe manejar. Y esperamos nerviosos, con el desesperado valor de los débiles en los momentos supremos de la vida.

María está aun más serena que yo, y me enseña

sonriendo una astucia de Rosario: del ángulo de la azotea cuelga un pañuelo rojo. Lo ha arrojado desde el patio con la cuerda de tender, y ondea al viento como una bandera de combate.

El grupo sube lentamente el atajo de la montaña. Son diez o doce. Y a la luz del amanecer, que promete un bello día de sol, se los ve destacarse limpiamente sobre el cielo, que conserva todavía las tintas cárdenas de la alborada.

El grupo queda a cierta distancia y se adelanta el patriarca, Cho Matías, solo, con un aire pausado y solemne. Y desde el pie de la torre me llama: —Don Ramón; Don Ramón.

Viene a firmar la paz. Mi amigo, el juez de La Oliva, le ha obligado a dar este paso humillante. Desde hoy podré, como antes, andar a mis anchas por la isla, coger leña, volver a tener cabras... A su fiereza y orgullo salvajes, se ha impuesto el respeto ancestral al señor de la tierra. El eslabón suelto que era yo hasta hace unos minutos, ha vuelto a soldarse a la cadena que los mantiene esclavos.

Yo soy un caballero y debo olvidar todas esas *debilidades* de los hombres *ignorantes*. Y los hijos, incluso Rufino, que debe saber ya que su mujer está de rehén en el Faro, como ella conocía seguramente este paso que habría de dar su suegro, muestran su conformidad con graves cabezadas de aprobación y asentimiento.

María ha bajado corriendo la escalera y ha abierto las puertas de par en par. Y Rosario, que ha oído el diálogo, huye por el camino opuesto, con el justillo abierto y los exhaustos senos colgantes, como un animal castigado.

XXVII

HACIA LA VIDA...

Por la playa de la arena remonta un *pailebot*. Tiene un andar de mujer coqueta que sabe lo que vale un gesto, y al tomar el viento hace dorar la comba de sus velas a contraluz: y obediente al timón gira encabritándose sobre las olas, dominándolas con el filo de su tajamar.

Para recoger la lancha negra y ventruda que nos conduce, se inclina ligeramente como una gran señora que acariciara a un chicuelo del arroyo; y, después de embarcados, huye en popa alzando las blancas lonas de las velas, como una mocita pinturera se recoge las enaguas, para salvarlas de las salpicaduras de las olas.

Es la tarde: acabamos de enfilear la Bocaina, y en la Isla de Lobos, que surge de las aguas erizada de picos hostiles, se enciende la luz roja del Faro, como el ojo de un cíclope furioso.

Vamos hacia las gentes, hacia los lugares habitados, ¡hacia la Vida! El buque cabecea suavemente y hunde la proa en el mar... Mi hijo, pálido y convulso, marca. Y por los imbornales penetra en la cubierta el agua lustral.

F I N

INDICE

	<u>Páginas</u>
"Maloficio"	
I.—La cuna.....	7
II.— <i>Las carnes blancas</i>	11
III.—Noche de San Juan.....	15
IV.—La sentencia.....	17
V.—La rasquera.....	19
VI.—El baile de San Pascual.....	23
VII.—La emigración anual.....	27
VIII.—Consejos.....	29
IX.—Noticias del ausente.....	31
X.—La promesa.....	33
XI.—Noche de Reyes.—En el río.....	39
XII.—Noche de Reyes.—En La Oliva.....	43
XIII.—Lluve.....	47
XIV.—Efectos de la lluvia.....	51
XV.—La canción del agua.....	55
XVI.—De vuelta de la pesca.....	57
XVII.—«Jareando».—Charlas y pláticas.....	61
XVIII.—El mal misterioso.....	65

S e d

I.—El pozo	71
II.—La carta	75
III.—La sed del Islote	79
IV.—Toda una carta	83
V.—Corralejos	85
VI.—«Plática»	89
VII.—El «velorio»	93
VIII.—Una misión diplomática	97
IX.—El pozo, en guardería	101
X.—La sed de Fuerteventura no es sólo de agua	103
XI.—El Carnaval de la democracia	107
XII.—Camino de La Oliva	109
XIII.—Maniobra electoral	115
XIV.—Sur	117
XV.—La brama	121
XVI.—Don Manuelito	123
XVII.—La persecución	127
XVIII.—La órbita del pozo	129
XXI.—La tierra bebe	131

Isla de lobos

I.—La llegada al Islote	135
II.—Iniciaciones	139
III.—El Puertito.—Los pescadores	141
IV.—Ña Basilia	143
V.—El compañero se va	145
VI.—El nuevo compañero	147
VII.—La muerte de un niño	149
VIII.—El costumbre	153
IX.—Las brujerías de Ña Basilia	155

X.—Año nuevo, vida vieja.....	157
XI.—El barco de servicio.....	163
XII.—Parásitos.....	165
XIII.—Un traslado.....	167
XIV.—Noche de Belén en el faro.....	169
XV.—La ruptura.....	171
XVI.—Pruebas.....	175
XVII.—Declaración de guerra.....	179
XVIII.—Un crimen cobarde.....	181
XIX.—Los «jallos».....	183
XX.—¡Solos!.....	185
XXI.—Como bestias.....	187
XXII.—Más... ..	189
XXIII.—El niño.....	191
XXIV.—Rosario.....	193
XXV.—Otro día.....	195
XXVI.—Se suelda la cadena.....	197
XXVII.—Hacia la vida.....	201

